MATESANZ

El ROMANCERO

SOCIEDAD EDITORA LATINOAMERICANA

CLASICOS UNIVERSALES

TITULOS PUBLICADOS

KIPLING
Capitanes Valientes
LONDON JACK
La Peste Escarlata
LOTI
Las Desencantadas
LENIN
Imperialismo
MAETERLINCK
Vida Termes
MAISTRE
Viaje Cuarto
MARLITT
Princesita Brosa
MENENDEZ Y PELAYO
Las 100 Mejores Poesías
MIRBEAU
Jardín de Suplicios
MIJAILOV
La Isoma de Rusia
MURAT
Catalina de Rusia
NERVO
La Amada Inmóvil
NICK CARTER
El discípulo del diablo
NIETSCHE
Crepúsculo Ídolos
OHNET
Felipe Derblay
QUEIROS ECA
El Mandarín
RIVERA
La Vertigine
RODO
Ariel
ROMANCERO
SAND
Ella y El
SHAW
César y Cleopatra
SCHOPENHAUER
Amor, mujeres
SUDERMANN
Las Bodas de Violanta
SWINGLE
Pastores Triunfo
THIBAUT
Paganini
Paderewsky
TOLSTOI
La Sonata a Kreutzer
Caudillo Tártaro
TWAIN
El diario de Eva
Aventuras Tom Sawyer
VALERA
Pepita Ximénez
VERNE
Un billete de Lotería
WILDE
Retrato de Dorian Gray
WEBSTER
Piernas Largas
ZORRILLA
Tabaré

$ 1.- EL TOMO

EL ROMANCERO

TITULOS PUBLICADOS

KIPLING
Cuentos Vaticanos
LONDON JACK
La Peste Escarlata
LOTI
Las Desencantadas
LENIN
Imperialismo
MANSFIELD
Vida Turbia
MAISTRE
Viaje Cuarto
MARLITT
Primavera Brava
MENENDEZ Y PELAYO
Los Dos Mejores Poemas
MIRBEAU
Jardín de Suplicios
MIJAILOV
La Tragedia de Rusia
MURAT
Catalina de Rusia
NERVO
La Amada Inmóvil
NICK CARTER
El discípulo del diablo
NIETSCHE
Crepúsculo Ídolos
OHNET
Felipe Derblay
QUEIROS ECA
El Mandarín
RIVERA
La Vorágine
RODO
Ariel
ROMANCERO
SAND
Ella y El
SHAW
César y Cleopatra
SCHOPENHAUER
Amor, mujeres
SUDERMANN
Las Bodas de Violante
SWINGLE
Factores Triunfo
SHIBAUT
Paganini
Paderewsky
TOLSTOI
La Sonata a Kreutzer
Cándido Tártaro
TWAIN
El diario de Eva
Aventuras Tom Sawyer
VALERA
Pepita Ximénez
VERNE
Un billete de Lotería
WILDE
Retrato de Dorian Gray
WEBSTER
Piernas Largas
ZORRILLA
Tabaré

$ 1.- EL TOMO

Loui

EDICIONES SELECTAS SELA

EL ROMANCERO

SOCIEDAD EDITORA
LATINO-AMERICANA
SOC. DE RESP. LTDA.

INDEPENDENCIA 3210
BUENOS AIRES
REP. ARGENTINA

Lami

EDICIONES SELECTAS SELA

EL ROMANCERO

SOCIEDAD EDITORA
LATINO-AMERICANA
SOC. DE RESP. LTDA.

INDEPENDENCIA 3210
BUENOS AIRES
REP. ARGENTINA

ES PROPIEDAD.

Derechos reservados. Copyright 1947 by Sociedad Editora Latino Americana. Hecho el depósito que marca la Ley 11.723.

IMPRESO EN LA ARGENTINA
PRINTED IN ARGENTINE

Romances Históricos

ROMANCE DE COMO CIPION TOMO NUMANCIA

Enojada estaba Roma
de ese pueblo Sorïano;
envía que le castigue
a Cipión el Africano.
Sabiendo los de Numancia
que en España había llegado,
con esfuerzo varonil
lo esperaban en el campo.
A los primeros encuentros
Cipión se ha retirado;
mas volviendo a la batalla,
reciamente ha peleado.
Romanos son vencedores,
sobre los de Soria han dado;
matan casi los más de ellos,
los otros se han encerrado.
Metidos en la ciudad,
Cipión los ha cercado,
púsoles estancias (1) fuertes
y un foso desocupado;
y tanto les tuvo el cerco,
que el comer les ha faltado.
Púsoles en tanto estrecho,
que al fin ha determinado
de matar toda la gente
que no tome arma en mano.
Ponen fuego a la ciudad,
ardiendo de cabo a cabo,
y ellos dan en el real (2)
con ánimo denodado;
pero al fin todos murieron,
que ninguno no ha escapado.
Veinte días ardió el fuego,
que dentro ninguno ha entrado.
Ya que entrar dentro pudieron,
cosa viva no han hallado,
sino un mochacho pequeño,
que a trece años no ha llegado.
que se quedó en una cuba
do el fuego no le ha dañado.
Vuélvese Cipión a Roma,
sólo el mochacho ha llevado;
pide que triunfo (3) le den,
pues a Soria había asolado.

---

(1) "Estancia": campamento.

(2) "Real" sitio en que está la tienda del rey o del jefe, y por extensión, sitio donde está acampado un ejército.

(3) "Triunfo": era la máxima recompensa a que podía aspirar un guerrero en Roma; para alcanzarlo tenía que haber logrado una señalada victoria sobre el extranjero y llenar una serie de condiciones establecidas.

Visto lo que Cipión pide,
el triunfo le han denegado,
diciendo no haber vencido,
pues ellos lo habían causado.
Lo que Roma determina
por sentencia del senado,
que Cipión vuelva a Soria,
y que al mozo que ha escapado
le ponga sobre una torre,
la más alta que ha quedado,
y allí le entregue las llaves,
teniéndolas en su mano,
y se las tome por fuerza
como a enemigo cercado
y en tomarlas de esta suerte,
el triunfo le será dado.
A Soria vuelve Cipión,
según que le fué mandado;
puso al mochacho en la torre
del arte que era acordado;
allí las llaves le pide;
mas él se las ha negado.
Dijo:—No quieran los dioses
que haga tan mal recaudo,
ni por mí te den el triunfo
habiendo solo quedado
pues que nunca lo ganaste
de los que ante mí han pasado (4)—
Estas palabras diciendo,
con las llaves abrazado,
se echó de la torre abajo
con ánimo muy osado,
y así quedó Cipión
sin el triunfo deseado.

(4) "Pasar": morir.

ROMANCE DEL INCENDIO DE ROMA

Mira Nero de Tarpeya
a Roma cómo se ardía;
gritos dan niños y viejos
y él de nada se dolía.
El grito de las matronas
sobre los cielos subía;
como ovejas sin pastor
unas tras otras corrían,
perdidas, descarriadas,
llorando a lágrima viva.
Todas las gentes huyendo
a las torres se acogían:
los siete montes romanos
fuego y lloro los hundía.
En el grande Capitolio
suena muy gran vocería:
por el collado Aventino
gran gentío discurría,
y en Cabalo y en Rotundo
la gente apenas cabía:
por el rico Coliseo
gran número se subía;
lloraban los dictadores,
los cónsules a porfía;
daban voces los tribunos;
los magistrados plañían;
los cuestores lamentaban;
los senadores gemían;
llora la orden ecuestre,
toda la caballería,
por la crueldad de Nerón
que lo ve con alegría.
Siete días con sus noches
la ciudad toda se ardía;
por tierra yacen las casas,
los templos de tallería,
los palacios más antiguos
de alabastro y sillería;
las moradas de los dioses
han triste postrimería;
el templo capitolino
do Júpiter se servía;
el grande templo de Apolo
y el que de Mars se decía,
sus tesoros y riquezas
el fuego los derretía;
por los carneros (1) y osarios
la gente se defendía.
De la torre de Mecenas
lo miraba todo y vía
el ahijado de Claudio,
que a su padre parescía:
el que a Séneca dió muerte;
el que matara su tía;
el que antes de nueve meses
que Tiberio se moría

(1) "Carnero": fosa donde se echan los cuerpos de los muertos.

con prodigios y señales
en este mundo nascía;
el que persiguió a cristianos,
el padre de tiranía,
de ver abrasar a Roma
gran deleite rescebía.
Vestido en cénico traje (2)
decantaba en poesía.
Todos le ruegan que amanse
su crueldad y porfía.
Doriforo le rogaba,
Esporo lo combatía,
Claudio Augusto se lo ruega,
ruégaselo Mesalina;
ni lo hace por Popea,
ni por su madre Agripina;
no hace caso de Antonia,
que la mayor se decía;
Anco Planio se lo habla,
Rufino se lo pedía;
por Británico ni Trusco
ninguna cuenta hacía;
a sus pies se tiende Octavia,
ésa que ya no quería:
cuanto más todos le ruegan.
él de nadie se dolía.

Este es uno de los más caracterizados romances eruditos. El autor maneja en gran cantidad sus conocimientos; el romance es un alarde de recuerdos clásicos; su gracia está en ese torbellino histórico.

(2) "Cénico traje": traje escénico.

Romances del Rey Rodrigo

I

LA DERROTA DE GUADALETE

Las huestes de don Rodrigo
desmayaban y huían
cuando en la octava batalla
sus enemigos vencían.
Rodrigo deja sus tiendas
y del real se salía;
solo va el desventurado,
que no lleva compañía.
El caballo, de cansado,
ya mudar (1) no se podía;
camina por donde quiere,
que no le estorba la vía.
El rey va tan desmayado
que sentido no tenía;
muerto va de sed y hambre
que de velle era mancilla;
iba tan tinto de sangre
que una brasa parescía.
Las armas lleva abolladas,
que eran de gran pedrería;
la espada lleva hecha sierra
de los golpes que tenía;
el almete (2), de abollado
en la cabeza se hundía;
la cara llevaba hinchada
del trabajo que sufría.
Subióse encima de un cerro,
el más alto que veía,
desde allí mira su gente
cómo iba de vencida;
de allí mira sus banderas
y estandartes que tenía,
cómo están todos pisados,
que la tierra los cubría,
mira por los capitanes,
que ninguno parescía;
mira el campo tinto en sangre
la cual arroyos corría.
El triste, de ver aquesto,
gran mancilla en sí tenía,
llorando de los sus ojos
de esta manera decía:
—Ayer era rey de España (3),
hoy no lo soy de una villa;

(1) "Mudar": mover.

(2) "Almete": pieza de la armadura que cubría la cabeza.

(3) Los últimos versos de este romance "ayer era rey de España...", y todo él, en general, son muy frecuentemente recordados por ilustres poetas del siglo XVII.

ayer villas y castillos,
hoy ninguno poseía;
ayer tenía criados,
hoy ninguno me servía;
hoy no tengo una almena
que pueda decir que es mía.
¡Desdichada fué la hora,
desdichado fué aquel día
en que nací y heredé
la tan grande señoría,
pues lo había de perder
todo junto y en un día!
¡Oh muerte! ¿Por qué no vienes
y llevas esta alma mía
de aqueste cuerpo mezquino,
pues se te agradecería?

II

ROMANCE DE LA PENITENCIA DEL REY RODRIGO

Después que el rey don Rodrigo
a España perdido había,
íbase desesperado
por donde más le placía.
Métese por las montañas
las más espesas que había,
por que no le hallen los moros
que en su seguimiento iban.
Topado ha con un pastor
que su ganado traía;
díjole:—¿Dime, buen hombre,
lo que preguntar quería,
si hay por aquí poblado
o alguna casería
donde pueda descansar,
que gran fatiga traía?—
El pastor respondió luego
que en balde la buscaría,
porque en todo aquel desierto
sola una ermita había,
donde estaba un ermitaño
que hacía muy santa vida.
El rey fué alegre de esto
por allí acabar su vida.
Pidió al hombre que le diese
de comer, si algo tenía.
El pastor sacó un zurrón,
que siempre en él pan traía;
dióle de él y de un tasajo
que acaso allí echado había.
El pan era muy moreno,
al rey muy mal le sabía;
las lágrimas se le salen,
detener no las podía,
acordándose en su tiempo
los manjares que comía.
Después que hubo descansado,
por la ermita le pedía (1).
El pastor le enseñó luego
por donde no erraría.
El rey le dió una cadena
y un anillo que traía:
joyas son de gran valer,
que el rey en mucho tenía.
Comenzando a caminar,
ya cerca el sol se ponía,
llegado es a la ermita
que el pastor dicho le había.
El, dando gracias a Dios,
luego a rezar se metía;

(1) "Pedir": preguntar.

después que hubo rezado,
para el ermitaño se iba;
hombre es de autoridad,
que bien se le parecía (2).
Preguntóle el ermitaño
cómo allí fué su venida.
El rey, los ojos llorosos,
aquesto le respondía:
—El desdichado Rodrigo
yo soy, que rey ser solía;
vengo a hacer penitencia
contigo en tu compañía;
no recibas pesadumbre,
por Dios y Santa María.—
El ermitaño se espanta.
Por consolallo decía:
—Vos, cierto, habéis elegido
camino cual convenía
para vuestra salvación,
que Dios os perdonaría.

(2) "Parecía": manifestaba.

III

ROMANCE DE LA PENITENCIA DEL REY RODRIGO

Allí arriba, en alta sierra,
alta sierra montesina,
donde cae la nieve a copos
y el agua menuda y fría,
donde canta la culebra
por el pedregal arriba,
allí había un ermitaño
que hacía muy santa vida.
Por allí venía un hombre,
de largas (1) tierras venía;
encontróse al ermitaño,
más de cien años tenía.
—El desdichado Rodrigo
yo soy, que ser rey solía;
el que por yerros de amor (2)
tiene su alma perdida,
por cuyos negros pecados
toda España es destruída.
Por Dios te ruego, ermitaño,
por Dios y Santa María,
que me oigas en confesión,
porque finar me quería.—
El ermitaño se espanta,
y con lágrimas decía:
—Confesar, confesaréte;
absolverte no podía.—
Estando en estas razones,
voz de los cielos se oía:
—Absuélvelo, confesor;
absuélvelo por tu vida,
y dale la penitencia
en la sepultura misma.—
Según le fué revelado,
por obra el rey lo ponía:
metióse en la sepultura
que a par de la ermita había;
dentro duerme una culebra,
mirarla espanto ponía;
tres roscas daba a la tumba,
siete cabezas tenía.
—Ruega por mí, el ermitaño,
porque acaba bien mi vida.—
El ermitaño lo esfuerza,
con la losa lo cubría,
rogaba a Dios a su lado
todas las horas del día.

(1) "Largas": lejanas.

(2) Se refiere a su amor por Florinda, del que el padre de ésta, don Julián, toma venganza (según una de las tradiciones sobre las causas de la invasión árabe), haciendo pasar el estrecho a Tárik.

—¿Cómo te va, penitente,
con tu fuerte compañía?
—Ya me come, ya me come,
por do más pecado había;
en derecho al corazón,
fuente de mi gran desdicha.—

Las campanicas del cielo
sones hacen de alegría;
las campanas de la tierra
ellas solas se tañían;
el alma del penitente
para los cielos subía.

Este romance y el anterior se completan como se habrá notado. Son un bonito ejemplo de romances juglarescos del siglo XV. Tomados probablemente de una crónica, el poeta solamente se preocupa de dar una nueva forma narrativa al episodio; forma narrativa, bien típica por cierto, llena de versos estereotipados e imágenes tradicionales, y tal vez en ello está su arte. Sancho, en el "Quijote", recuerda como famoso el último de estos romances.

Romances de Bernardo del Carpio

I

BERNARDO ANTE EL REY ALFONSO

Las cartas y mensajeros
del rey a Bernardo van,
que vaya luego (1) a las cortes
para con él negociar.
No quiso ir allá Bernardo
que mal recelado se ha.
Las cartas echó en el fuego,
los suyos mandó juntar;
desque los tuvo juntados,
comenzóles de hablar:
—Cuatrocientos sois los míos,
los que coméis el mi pan;
nunca fuisteis repartidos,
agora os repartirán:
en el Carpio queden ciento
para el castillo guardar,
y ciento por los caminos,
que a nadie dejéis pasar;
doscientos iréis conmigo
para con el rey hablar;
si mala me la dijere,
peor se la entiendo (2) tornar.-
Con esto luego se parte
y comienza a caminar;
por sus jornadas contadas
llega donde el rey está.
De los doscientos que lleva,
los ciento mandó quedar
para que tengan segura
la puerta de la ciudad;
con los cientos que le quedan
se va al palacio real.
Cincuenta deja a la puerta,
que a nadie dejen pasar;
treinta deja a la escalera
por el subir y el bajar;
con solamente los veinte
a hablar con el rey se va.
A la entrada de una sala
con él se vino a topar;
allí le pidió la mano,
mas no se la quiso dar.
—Dios vos mantenga, buen rey,
y a los que con vos están.
Decí: ¿a qué me habéis llamado
o qué me queréis mandar?
Las tierras que vos me distes
¿por qué me las queréis qui-
[tar?—
El rey, como está enojado,

(1) "Luego": pronto, sin tardar.
(2) "Entender": tener intención.

aún no le quiere mirar;
a cabo de una gran pieza
la cabeza fuera alzar.
—Bernardo, mal seas venido,
traidor hijo de mal padre;
dite yo el Carpio en tenen-
[cia (3),
tomástele en heredad.
—Mentides, buen rey, mentides,
que no decides verdad,
que nunca yo fuí traidor,
ni lo hubo en mi linaje.
Acordáseos debiera
de aquella del Romeral,
cuando gentes extranjeras
a vos querían matar;
matáronvos el caballo,
a pie vos vide yo andar;
Bernardo como traidor,
el suyo vos fuera a dar,
con una lanza y adarga (4)
ante vos fué a pelear.
El Carpio entonces me distes
sin vos lo yo demandar.
—Nunca yo tal te mandé (5),
ni lo tuve en voluntad.
Prendedlo, mis caballeros,
que atrevido se me ha.—
Todos le estaban mirando,
nadie se le osa llegar.
Revolviendo el manto al brazo
la espada fuera a sacar.
—¡Aquí, aquí mis doscientos,
los que coméis el mi pan,
que hoy es venido el día
que honra habéis de ganar!—
El rey, como aquesto vido,
procuróle de amansar.
—Malas mañas has, sobrino,
no las puedes olvidar.
Lo que hombre (6) te dice en
[burla
a veras lo quieres tomar;
si lo tienes en tenencia,
yo te lo dó en heredad,
y si fuere menester,
yo te lo iré a segurar.—
Bernardo, que esto le oyera,
esta respuesta le da:
—El castillo está por mí,
nadie me lo puede dar;
quien quitármelo quisiere,
procurarle he de guardar.

El antagonismo y lucha entre el poder real y el señor feudal es motivo frecuente en la literatura de la Edad Media; el rey, para mantener su soberanía (tan problemática en ciertos casos), había de saber contemporizar con todos y cada uno de sus súbditos.

(3) "Tenencia": gobierno, mando; opuesto a heredad, que es la posesión por derecho patrimonial.
(4) "Adarga": escudo de cuero ovalado o de forma de corazón.
(5) "Mandar": legar, donar a otro una cosa.
(6) "Hombre": con valor pronominal, como "uno".

II

BERNARDO PARTE A RONCESVALLES

Con los mejores de Asturias
sale de León Bernardo,
puestos a punto de guerra,
a impedir a Francia el paso,
que viene a usurpar el reino
a instancias de Alfonso el Cas-
[to,
como si no hubiera en él.
quien mejor pueda heredallo.
Y a dos leguas de León
se paró en medio de un llano,
y levantando la voz,
volvió de esta suerte a habla-
[llos:
—Escuchadme, leoneses,
los que os preciáis de hijosdal-
[gos, (1)
y de ninguno se espera
hacer hecho de villano,
a defender vuestro rey
vais como buenos vasallos,
vuestra tierra y vuestras vidas
y la de vuestros hermanos.
No consintáis que extranjeros
hoy vengan a sujetaros
y mañana vuestros hijos
sean de Francia un pedazo,
y vuestras armas antiguas,
el rico blasón trocando,
veáis de lises (2) sembradas
en lugar de leones bravos,
y el reino que ha tanto tiempo
vuestros abuelos ganaron,
por sólo el temor de un día
vengan a mandarlo extraños.
Aquel que con tres franceses
no combatiere en el campo,
quédese, y seamos menos
aunque habemos de iguala-
[llos.—
Esto acabando, arremete
con la furia del caballo,
diciendo:—Síganme todos
los que fuesen hijosdalgos.

(1) "Hijodalgo": noble de nacimiento.
(2) La conciencia de anacronismo se puede decir que no existió hasta la época romántica.

Romances de Fernan Gonzalez

I

EL VADO DE CARRION

Castellanos y leoneses
tienen grandes diversiones,
y el conde Fernán González,
y el buen rey don Sancho Or-
[doñez,
sobre el partir de las tierras
y el poner de los mojones;
echan mano a las espadas,
derriban ricos mantones;
no les pueden poner tre-
[guas (1)
cuantos en la corte son;
pónensela dos hermanos;
aquesos benditos monjes
pónenlas por quince días,
que no pueden por más, no,
que se vayan a los prados
que dicen de Carrïón.
Si mucho madruga el rey,
el conde no dormía, no.
El conde partió de Burgos,
el rey partió de León;
venidos se han a juntar
al vado de Carrïón,
y a la pasada del río
movieron una quistión:
los del rey, que pasarían,
y los del conde, que no.
El rey, como era risueño,
la su mula (2) revolvió;
el conde, con lozanía,
el caballo arremetió;
con el agua y el arena
al buen rey ensalpicó.
Allí hablara el buen rey,
su gesto muy demudado:
—¡Cómo sois soberbio, el conde!
¡Cómo sois desmesurado!
Si no fuera por las treguas
que los monjes nos han dado,
la cabeza de los hombros
ya vos la hubiera quitado;
con la sangre que os sacara
yo tiñera aqueste vado.—

---

(1) "Treguas": eran generalmente concertadas por la Iglesia o por eclesiásticos para evitar, en lo posible, los daños que causaban las guerras intestinas entre nobles, tan frecuentes en aquella época.

(2) Desde aquí en el romance se contraponen las cosas propias de la fiesta que lleva el rey con las de guerra de Fernán González.

El conde le respondiera
como aquel que era osado:
—Eso que decís, buen rey,
véolo mal aliñado:
vos venís en gruesa mula,
yo en ligero caballo;
vos traéis sayo de seda,
yo traigo un arnés tranza-
[do (3);
vos traéis alfanje de oro,
yo traigo lanza en mi mano;
vos traéis cetro de rey,
yo un venablo acerado;
vos con guantes olorosos,
yo con los de acero claro;
vos traéis gorra de fiesta,
yo traigo casco afinado;
vos traéis ciento de a mula,
yo trescientos de a caballo.—
Ellos en aquesto estando,
los frailes allí han llegado.
—¡Tate, tate, caballeros!
¡Cuál mal cumplisteis las tre-
[guas
que nos habíades manda-
[do (4).—
Allí hablara el buen rey:
—Yo las cumpliré de grado.—
Pero respondiera el conde:
—Yo de pies puesto en el cam-
[po.—
Cuando vido aquesto el rey,
no quiso pasar el vado;
vuélvese para sus tierras;
malamente va enojado,
grandes bascas va haciendo,
reciamente va jurando
que había de matar al conde
y destruir su condado.
Mandó, pues, llamar a cortes;
por los grandes ha enviado;
todos ellos son venidos,
sólo el conde ha faltado.
Mensajero se le hace
a que cumpla su mandado;
el mensajero que fué
de esta suerte le ha hablado:

El porqué de la rivalidad entre Castilla y León no es fácil de explicar. León era más conservador, representaba la tradición (visigótica), en él la vida era más aburguesada; Castilla, que había de resistir el choque continuo del enemigo, no podía entregarse a la blandura de la vida de la ciudad. Los hombres de Castilla, poco entendidos en la vida de palacio, verían en su rey y cortesanos hombres relajados y débiles de espíritu; mientras ellos, endurecidos por una vida dura, se consideraban superiores a sus superiores. Castilla representa el espíritu nuevo e innovador, pero simple.

(3) "Arnés Tranzado": conjunto de armas defensivas de acero, compuesto de piezas articuladas para que el hombre armado con él tuviera la mayor libertad de movimiento posible.

(4) "Mandado": concedido.

II

MENSAJE DEL REY AL CONDE FERNAN GONZALEZ

—Buen conde Fernán González,
el rey envía por vos,
que vayades a las cortes
que se hacían en León;
que si vos allá vais, conde,
daros han buen galardón,
daros han a Palenzuela
y a Palencia la mayor;
daros han las Nueve Villas,
en ellas a Carrïón;
daros han a Torquemada,
la Torre de Mormojón.
Buen conde, si allá non ides,
os darían por traidor.—
Allí respondiera el conde
y dijera esta razón:
—Mensajero eres, amigo,
no mereces culpa, no.
Yo no tengo miedo al rey,
nin a cuantos con él son.
Villas y castillos tengo,
todos a mi mandar son;
de ellos me dejó mi padre,
de ellos me ganara yo;
los que me dejó mi padre
poblélos de ricos hombres (1),
los que yo me hube ganado
poblélos de labradores;
quien no tenía más de un buey,
dábale otro, que eran dos;
al que casaba su hija
doile yo muy rico don;
cada día que amanece
por mí hacen oración;
no la hacían por el rey,
que no la merece, no;
él les puso muchos pechos (2),
y quitárselos he yo.

(1) "Los ricos hombres": formaban la primera clase de la nobleza; eran condes y podestades.

(2) "Pechos": tributos.

III

LA ESTATUA DEL CONDE

Juramento llevan hecho,
todos juntos a una voz,
de no volver a Castilla
sin el conde su señor.
La imagen suya de piedra
llevan en un carretón,
resueltos, si atrás no vuelve,
de no volver ellos, no,
y el que paso atrás volviese
que quedase por traidor.
Alzaron todos las manos
en señal que se juró.
Acabado su homenaje,
pusiéronle su pendón
y besáronle la mano (1)
desde el chico hasta el mayor,
y como buenos vasallos
caminan para Arlanzón,
al paso que andan los bueyes
y a las vueltas que da el sol.
Desierta dejan a Burgos
y pueblos alrededor;
solas quedan las mujeres
y aquellos que niños son.
Tratando van del concierto
del caballo y el azor (2),
si ha de hacer libre a Castilla
del feudo que da a León.
Y antes de entrar en Navarra
toparon, junto al mojón,
al conde Fernán González,
en cuya demanda son,
con su esposa doña Sancha,
que con astucia y valor

(1) Besar la mano era la ceremonia por la cual se obligabán señor y vasallo a deberes mutuos, que sólo cesaban al desnaturalizarse el vasallo o al ser desterrado por el señor.

(2) Se refiere a la venta de esos dos animales en 1.000 marcos que, según el poema de Fernán González, éste hizo al rey a condición de que

"Se el haber non fuese aquel día pagado,
siempre fuese cada día al gallarín doblado",

esto es, que el precio iría siendo cada día igual al doble del pago que se hubiera debido de hacer el día anterior. Cuando, al cabo de tres años, el rey recuerda el trato, no encuentra riquezas suficientes para pagarlo. (La cantidad que debía pagar el rey era de más de 300 cifras).

lo sacó de Castroviejo
con el engaño que usó.
Con sus hierros y prisiones
venían juntos los dos,
y al estruendo de las armas
el conde se alborotó;
mas conociendo a los suyos,
de esta suerte les habló:
—¿Do venís, mis castellanos?
Digádesmelo, por Dios.
¿Cómo dejáis mis castillos
a peligro de almanzor? (3)—
Allí habló Nuño Laínez:
—Ibamos, señor, por vos,
a quedar presos o muertos
o a sacaros de prisión.

(3) "Almanzor": no es, naturalmente, contemporáneo del Conde, pero está tomado como la personificación del poder musulmán.

Romance de los Siete Infantes de Lara

I

LAS BODAS DE DOÑA LAMBRA

¡Ay, Dios, qué buen caballero
fué don Rodrigo de Lara,
que mató cinco mil moros
con trescientos que llevaba!
Si aquéste muriera entonces,
¡qué gran fama que dejara!
No matara a los sobrinos,
los siete infantes de Lara,
ni vendiera sus cabezas
al moro que las llevaba.
Ya se trataban sus bodas
con la linda doña Lambra;
las bodas se hacen en Burgos,
las tornabodas en Salas;
las bodas fueron muy buenas,
duraron siete semanas:
las bodas fueron muy buenas,
mas las tornabodas malas.
Ya convidan por Castilla,
por Castilla y por Navarra;
tanta viene de la gente
que no hallaban posadas,
y aun faltaban por venir
los siete infantes de Lara.
¡Helos, helos por do vienen
por aquella vega llana!
Sálelos a recibir
la su madre doña Sancha.
—Bien vengades, los mis hijos,
buena sea vuestra llegada.
—Norabuena estéis, señora,
nuestra madre doña Sancha.—
Ellos le besan las manos,
ella a ellos en la cara.
—Huelgo de veros a todos,
que ninguno no faltaba,
y más a vos, Gonzalvico,
porque a vos mucho amaba.
Tornad a cabalgar, hijos,
y tomedes vuestras armas,
y allá iredes a posar
al barrio de Cantarranas (1).
Por Dios os ruego, mis hijos,
no salgáis de las posadas;
porque en semejantes fiestas
se urden buenas lanzadas.—
Ya cabalgan los infantes,
ya se van a sus posadas;
hallaron las mesas puestas
y viandas aparejadas.
Después que hubieron comido,
pidieron juego de tablas.

(1) Aun existe en Burgos la calle tradicional de Cantarranas.

Doña Lambra con fantasía
grandes tablados (2) armara.
Allí salió un caballero
de los de Córdoba la llana,
caballero con un caballo
y en su mano una vara;
arremete su caballo;
al tablado la tirara,
diciendo:—Amad, señoras,
cada cual como es amada,
que más vale un caballero
de los de Córdoba la llana,
más vale que cuatro o cinco
de los de la flor de Lara.—
Doña Lambra que lo oyera
de ello mucho se holgara.
Oídolo había el ayo
que a los infantes criaba;
de allí se había salido,
triste se fué a su posada;
halló que estaban jugando
los infantes a las tablas,
sino era el menor de ellos,
Gonzalo González se llama;
recostado lo halló
de pechos en una baranda.
—¿Cómo venís triste, amo?
Decí: ¿quién os enojara?—
Tanto le rogó Gonzalo
que el ayo se lo contara,
—Mas mucho os ruego, mi hijo,
que no salgáis a la plaza.—
No lo quiso hacer Gonzalo,
mas antes tomó una lanza;
caballero en su caballo
vase derecho a la plaza;
vido estar el tablado,
que nadie lo derribara;
enderezóse en la silla,
con él en el suelo daba;
desque lo hubo derribado,
de esta manera hablara:
—Amad, amad, damas ruines,
cada cual como es amada,
que más vale un caballero
de los de la casa de Lara
que cuarenta ni cincuenta
de los de Córdoba la llana.

Los festejos que se celebraban con motivo de un matrimonio fueron hasta muy tarde de una ostentación increíble. En estas fiestas era corriente que quedase arruinada una familia: una vez celebrado el matrimonio del primogénito, era difícil poder atender a los demás hermanos: y llegó a tanto el despilfarro, que los reyes se vieron en la necesidad de dictar leyes limitando el número de invitados y la duración de la fiesta.

(2) "Tablado": consistía en un castillo de madera que en la parte alta formaba un tablero, el que, tomando carrera, el caballero intentaba derribar, lanzando contra él varas o bohordos.

II

MUERTE DE LOS INFANTES

Saliendo de Canicosa
por el val de Arabiana,
donde don Rodrigo espera
los hijos de la su hermana,
por campo de Palomares
vió venir muy gran compaña,
muchas armas reluciendo,
mucha adarga bien labrada,
mucho caballo ligero,
mucha lanza relumbrada,
mucho estandarte y bandera
por los aires revolaba.
—¡Mueran, mueran — van di-
[ciendo—
los siete infantes de Lara!
¡Venguemos a don Rodrigo,
pues que tiene de ellos sañas!
Allí está Nuño Salido,
el ayo que los criara;
como ve la gran morisma
de esta manera les habla:
—¡Oh, los mis amados hijos!—
¡Quién vivo no se hallara
por no ver tan gran dolor
como agora se esperaba!
Si no os hubiera criado,
no sintiera tanta rabia;
mas quiéroos tanto, mis hijos,
que se me arrancaba el alma.
¡Ciertamente nuestra muerte
está bien aparejada!
No podemos escapar
de tanta gente pagana.
Vendamos bien nuestros cuer-
[pos
y miremos por las almas;
peleemos como buenos;
las muertes queden vengadas;
ya que lleven nuestras vidas,
que las dejen bien pagadas.—
Como los moros se acercan,
a cada uno por sí abraza;
cuando llega a Gonzalvico,
en la cara le besara.
—¡Hijo Gonzalo González,
de lo que más me pesaba
es de lo que sentirá
vuestra madre doña Sancha!
Erades su claro espejo,
más que a todos os amaba.—
En esto los moros llegan,
traban con ellos batalla;

los infantes los reciben
con sus adargas y lanzas
—¡Santiago! ¡Santiago! (1)
a grandes voces llamaban.
Matan infinitos moros,
mas todos allí quedaran.

En la lucha que soportó el suelo de España durante siglos, la batalla fué rara; lo común fué la escaramuza, la celada y la incursión en que un grupo guerrero pasaba la frontera, y, rápidamente, antes de encontrar resistencia, saqueaba e incendiaba la comarca, retirándose inmediatamente con el botín recogido. Pocas veces se encontraron los enemigos en batalla campal.

(1) Para esforzar a los combatientes se usaba como grito guerrero el nombre del caudillo, la tierra del mismo o el nombre del santo patrono.

III

LAS SIETE CABEZAS

Pártese el moro Alicante
víspera de San Cebrían;
ocho cabezas llevaba,
todas de hombres de alta san-
[gre
Sábelo el rey Almanzor;
a recibirlo sale;
aunque perdió muchos moros,
piensa en esto bien ganar.
Manda hacer un tablado
para mejor las mirar,
mandó traer un cristiano
que estaba en captividad;
como ante sí lo trujeron,
empezóle de hablar,
díjole:—Gonzalo Gustos,
mira quién conocerás
que lidiaron mis poderes
en el campo de Almenar;
sacaron ocho cabezas,
todas son de gran linaje.—
Respondió Gonzalo Gustos:
—Presto os diré la verdad.—
Y limpiándoles la sangre
mas se fuera a turbar;
dijo llorando agramente:
—¡Conózcolas por mi mal!
La una de mi carillo (1)
¡las otras me duelen más!
De los infantes de Lara
son, mis hijos naturales.—
Así razona con ellos
como si vivos hablasen:
—¡Dios os salve, el mi com-
[padre,
el mi amigo leal!
¿Adónde son los mis hijos
que yo os quise encomendar?
Muerto sois como buen hom-
[bre
como hombre de fiar.—
Tomara otra cabeza
del hijo mayor de edad.
—Sálveos Dios, Diego Gon-
[zález,
hombre de muy gran bondad,
del conde Fernán González
alférez el principal,
a vos amaba yo mucho
que me habíades de heredar.—

(1) "Carillo": querido.

Alimpiándola con lágrimas,
volviérala a su lugar,
y toma la del segundo.
Martín Gómez que llamaban.
—Dios os perdone, el mi hijo,
hijo que mucho preciaba,
jugador era de tablas,
el mejor de toda España,
mesurado caballero,
muy buen hablador en plaza.—
Y dejándola llorando,
la del tercero tomaba.
—Hijo Süero Gustos,
todo el mundo os estimaba,
el rey os tuviera en mucho
sólo para la su caza,
gran caballero esforzado,
muy buen bracero (2) a ven-
[taja.
¡Ruy Gómez, vuestro tío,
estas bodas ordenara!—
Y tomando la del cuarto,
lasamente (3) la miraba.
—¡Oh hijo Fernán González,
(nombre del mejor de España,
del buen conde de Castilla
aquel que vos baptizara),
matador de puerco espín (4),
amigo de gran compaña!
Nunca con gente de poco
os vieran en alianza.—
Tomó la del Ruy Gómez,
de corazón la abrazaba.
—¡Hijo mío, hijo mío!
¿Quién como vos se hallaba?
Nunca le oyeron mentira,
nunca por oro ni plata;
animoso, buen guerrero,
muy gran feridor de espada,
que a quien dábades de lleno,
tullido o muerto quedaba.—
Tomando la del menor,
el dolor se le doblara.
—¡Hijo Gonzalo González!
¡Los ojos de doña Sancha!
¡Qué nuevas irán a ella,
que a vos más que a todos ama!
Tan apuesto de persona,
decidor bueno entre damas,
repartidor de su haber,
aventajado en la lanza.
¡Mejor fuera la mi muerte
que ver tan triste jornada!—
Al duelo que el viejo hace
toda Córdoba lloraba.

El elogio fúnebre era ritual; las palabras de Gonzalo Gustos son el más fiel reflejo del ideal caballeresco; en este romance podemos ver este ideal más limpio y claro que en las Partidas y en don Juan Manuel, un tanto empañado por la erudición.

(2) "Bracero": el que es buen tirador de arma arrojadiza.
(3) "Lasamente": tiernamente.
(4) "Puerco espín": jabalí.

IV

VENGANZA DE MUDARRA

A cazar va don Rodrigo
y aun don Rodrigo de Lara;
con la gran siesta (1) que ha-
[ce,
arrimádose ha a una haya,
maldiciendo a Mudarrillo,
hijo de la renegada,
que si a manos le hubiese,
que le sacaría el alma.
El señor estando en esto,
Mudarrillo que asomaba.
—Dios te salve, caballero,
debajo la verde haya.
—Así haga a ti, escudero;
buena sea tu llegada.
—Digasme tú, el caballero,
¿cómo era la tu gracia?
—A mí dicen don Rodrigo,
y aun don Rodrigo de Lara,
cuñado de Gonzalo Gustos,
hermano de doña Sancha;
por sobrinos me los hube
los siete infantes de Salas.
Espero aquí a Mudarrillo,
hijo de la renegada;
si delante lo tuviese,
yo le sacaría el alma.
—Si a ti dicen don Rodrigo,
y aun don Rodrigo de Lara,
a mí Mudarra González,
hijo de la renegada,
de Gonzalo Gustos hijo,
y alnado (2) de doña Sancha;
por hermanos me los hube
los siete infantes de Salas.
Tú los vendistes, traidor,
en el val de Arabiana,
mas, si Dios a mí me ayuda,
aquí dejarás el alma.
—Espéresme, don Gonzalo,
iré a tomar las mis armas.
—El espera que tú diste
a los infantes de Lara.
Aquí morirás, traidor,
enemigo de doña Sancha.

(1) "Siesta": calor propio de la hora sexta, o primera de la tarde.
(2) "Alnado": hijastro.

Romances del Cid

I

CABALGA DIEGO LAINEZ

Cabalga Diego Laínez
al buen rey besar la mano,
consigo se los llevaba
los trescientos hijosdalgos;
entre ellos iba Rodrigo,
el soberbio castellano.
Todos cabalgan a mula,
sólo Rodrigo a caballo;
todos visten oro y seda,
Rodrigo va bien armado.
Andando por los caminos
unos con otros hablando,
allegados son a Burgos,
con el rey se han encontrado.
Los que vienen con el rey
entre sí van razonando;
unos lo dicen de quedo,
otros lo van pregonando:
—Aquí viene, entre esta gente
quien mató al conde Lozano.—
Como lo oyera Rodrigo
en hito los ha mirado;
con alta y soberbia voz
de esta manera ha hablado:
—Si hay alguno entre vosotros
su pariente o adeudado (1)
que le pese de su muerte,
pase luego a demandallo;
yo se lo defenderé,
sea a pie, sea a caballo.—
Todos responde a una:
—Demándelo su pecado.—
Todos se apearon juntos
para al rey besar la mano.
Rodrigo se quedó solo
encima de su caballo.
Entonces habló su padre;
bien oiréis lo que ha hablado:
—Apeaos vos, mi hijo,
besaréis al rey la mano,
porque él es vuestro señor,
vos, hijo, sois su vasallo.—
Desque Rodrigo esto oyó,
sintióse más agraviado.
—Si otro me lo dijera,
ya me lo hubiera pagado;
mas por mandarlo vos, padre,
yo lo haré de buen grado.—
Ya se apeaba Rodrigo
para al rey besar la mano;

---

(1) "Adeudado": deudo.

al hincar de la rodilla,
el estoque se ha arrancado (2).
Espantóse de esto el rey
y dijo como turbado:
—Quítate, Rodrigo, allá;
quítame allá, diablo,
que tienes el gesto de hombre
y los hechos de león bravo.—
Como Rodrigo esto oyó,
apriesa pide el caballo:
—Por besar mano de rey
no me tengo por honrado;
porque la besó mi padre,
me tengo por afrentado.—
En diciendo estas palabras,
salido se ha del palacio;
consigo se los tornaba
los trescientos hijosdalgos.
Si bien vinieron vestidos,
volvieron mejor armados,
y si vinieron en mulas,
todos vuelven en caballos.

Es curioso el nuevo carácter que el Romancero infunde en la mayoría de los casos al Cid.

Ese Cid de la gesta, todo humana serenidad, lleno de poder equilibrado, en el romance se cambia por un Cid orgulloso, teatral y algo fanfarrón. ¿Es que ha cambiado el ideal caballeresco? No. Otros muchos héroes conservan aún su primitiva grandiosidad humana, que es el sello de la épica española. Ahí queda Fernán González como ejemplo. ¿Por qué este cambio radical en la visión del Cid?

(2) Caerse una pieza de la armadura se tenía por mal presagio

II

MORIR VOS QUEREDES, PADRE

Morir vos queredes, padre,
San Miguel vos haya el alma.
Mandastes las vuestras tierras
a quien se vos antojara:
a don Sancho a Castilla,
Castilla la bien nombrada,
a don Alonso a León,
y a don García a Vizcaya;
a mí, porque soy mujer,
dejáisme desheredada.
Irme he yo por esas tierras
como una mujer errada;
de lo que ganar pudiere
haré bien por la vuestra alma.
—Calledes, hija, calledes,
no digades tal palabra,
que mujer que tal decía
merescía ser quemada.
Allá en Castilla la Vieja
un rincón se me olvidaba,
Zamora había por nombre,
Zamora la bien cercada;
de un lado la cerca el Duero,
del otro Peña Tajada
¡Quien vos la tomare, hija,
la mi maldición le caiga!—
Todos dicen:—¡Amen, amen!
sino don Sancho, que calla.

III

AFUERA, AFUERA, RODRIGO

—¡Afuera, afuera, Rodrigo,
el soberbio castellano!;
acordársete debiera
de aquel tiempo ya pasado,
cuando fuiste caballero
en el altar de Santiago,
cuando el rey fué tu padrino,
tú, Rodrigo, el ahijado.
Mi padre te dió las armas,
mi madre te dió el caballo,
yo te calcé las espuelas
porque fueses más honrado;
que pensé casar contigo,
no lo quiso mi pecado;
casaste con Jimena Gómez,
hija del conde Lozano;
con ella hubiste dineros,
conmigo hubieras Estado.
Bien casaste tú, Rodrigo;
muy mejor fueras casado;
dejaste hija de rey
por tomar de su vasallo.
—¡Afuera, afuera, los míos,
los de a pie y de a caballo,
pues de aquella torre mocha
una vira (1) me han tirado!
No traía el asta hierro,
el corazón me ha pasado.

(1) "Vira": especie de saeta delgada y muy aguda de punta.

IV

REY DON SANCHO, REY DON SANCHO

—¡Rey don Sancho, rey don [Sancho,
no digas que no te aviso,
que de dentro de Zamora
un alevoso ha salido,
llámase Vellido Dolfos,
hijo de Dolfos Vellido;
cuatro traiciones ha hecho
y con ésta serán cinco!
Si gran traidor fué el padre,
mayor traidor es el hijo.—
Gritos dan en el real:
—¡A don Sancho han mal he- [rido!
Muerto le ha Vellido Dolfos,
gran traición ha cometido.
Desque le tuviera muerto,
metióse por un postigo;
por las calles de Zamora
va dando voces y gritos:
—¡Tiempo era, doña Urraca,
de cumplir lo prometido!

V

EN SANTA AGUEDA DE BURGOS

En Santa Agueda de Bur-
[gos
do juran los hijosdalgo,
allí toma juramento
el Cid al rey castellano.
—Villanos te maten, Alfonso;
villanos, que no hidalgos;
de las Asturias de Oviedo,
que no sean castellanos;
caballeros vayan en yeguas,
en yeguas, que no en caballos;
las riendas traigan de cuerda
y no con frenos dorados,
abarcas traigan calzadas
y no zapatos con lazo,
las piernas traigan desnudas,
no calzas (1) de fino paño;
traigan capas aguaderas,
no capuces (2) ni tabardos, (3)
con camisones de estopa,
no de holanda ni labrados.
Mátente con aguijadas,
no con lanzas ni con dardos;
con cuchillos cachicuernos,
no con puñales dorados.
Mátente por las aradas,
no por caminos hollados;
sáquente el corazón
por el derecho costado,
si no dices la verdad
de lo que te es preguntado:
si tú fuiste o consentiste
en la muerte de tu hermano.—
Allí respondió el buen rey,
bien oiréis lo que ha hablado:
—Mucho me aprietas, Rodrigo
Rodrigo, mal me has tratado;
mas hoy me tomas la jura
cras (4) me besarás la ma-
[no.—
Allí respondió el buen Cid
como hombre muy enojado:

(1) "Calzas": vestidura que cubría el muslo y la pierna.
(2) "Capuz": especie de capa que se colocaba encima de las demás vestiduras.
(3) "Tabardo": especie de ropón que usaba la gente noble.
(4) "Cras": mañana.

—Aqueso será buen rey,
como fuer galardonado,
que allá en las otras tierras
dan sueldo a los hijosdalgo.
Por besar mano de rey
no me tengo por honrado;
porque la besó mi padre
me tengo por afrentado.
—Vete de mis tierras, Cid,
mal caballero probado;
vete, no m'entres en ellas
hasta un año pasado.
—Que me place, dijo el Cid;
que me place de buen grado
por ser la primera cosa
que mandas en tu reinado.
Tú me destierras por uno,
yo me destierro por cuatro.—
Ya se partía el buen Cid (5),
de Bivar esos palacios;
las puertas deja cerradas,
los alamudes (6) echados,
las cadenas deja llenas
de podencos y de galgos;
con él lleva sus halcones,
los pollos y los mudados;
con él van cien caballeros,
todos eran hijosdalgo;
los unos iban en mula
y los otros a caballos;
por una ribera arriba
al Cid van acompañando,
acompañándolo iban
mientras él iba cazando.

(5) En estos versos que siguen el romance recuerda de un modo innegable los primeros conservados del Poema.
(6) "Alamud": pasador o cerrojo que servía para asegurar puertas y ventanas.

Romance del Rey Don Pedro

ROMANCE DEL REY DON PEDRO

Don García de Padilla,
ese que Dios perdonase,
tomara al rey por la mano
y apartólo en puridad (1).
—Un castillo hay en Consue-
[gra
que en el mundo no hay su par,
mejor es para vos, rey,
que lo sabréis sustentar.
No sufráis más que le tenga
ese prior de Sant Joan;
convidédesle, buen rey,
convidédesle a yantar (2);
la comida que le diéredes
fuese como en Toro a don
[Juan:
que le cortéis la cabeza
sin ninguna piedad;
desque (3) se la hayáis corta-
[do
en tenencia me lo dad.
Ellos en aquesto estando
el prior llegado ha.
—Mantenga Dios a tu Alteza
y a tu corona real.
—Bien vengáis el buen prior;
digádesme la verdad:
El castillo de Consuegra,
sepamos, ¿por quién está?
—El castillo con la villa,
señor, a vuestro mandar.
—Pues convídoos, el prior,
para conmigo yantar.
—Pláceme, dijo, buen rey,
de muy buena voluntad:
déme licencia tu Alteza,
licencia me quiera dar,
monjes nuevos son venidos,
irélos a aposentar.
—Vais con Dios, Hernán Rodri-
[go,
luego vos queráis tornar.—
Vase para la cocina,
do su cocinero está;
así habla con él
como si fuera su igual:
—Tomes estos mis vestidos,
los tuyos me quieras dar
y a hora de media noche
salirte has a pasear.—
Vase a la caballeriza,
do su macho fuera a hallar.
—¡Macho rucio, macho rucio,

---

(1) "Puridad": secreto, reserva.
(2) "Yantar": comer.
(3) "Desque": después que, una vez que.

Dios te me quiera guardar!
Ya de dos me has escapado,
con aquesta tres serán;
si de aquesta tú me escapas
luego te entiendo ahorrar (4).
Presto le echa la silla,
comienza de cabalgar.
Media noche era por filo,
los gallos querían cantar,
cuando entraba por Toledo,
por Toledo, esa ciudad;
antes que el gallo cantase
a Consuegra fué a llegar.
Halló las guardas velando
comiénzales de hablar.
—Digádesme, veladores,
digádesme la verdad;
el castillo de Consuegra
si sabéis por quien está.
—El castillo con la villa
por el prior de Sant Joan.
—Pues abrid luego las puertas
catadle (5) aquí donde está.
La guarda desque lo oyó
abriólas de par en par.
—Tomases allá ese macho,
dél muy bien quieras cu-
[rar (6);
déjesme la vela a mí
que yo la quiero velar.
¡Velá, velá, veladores,
así mala rabia os mate,
que quien a buen señor sirve
este galardón le dan!
El prior estando en esto
el rey que llegado ha;
halló las guardas velando,
comenzóles de hablar.
—Decidme los veladores,
que Dios os guarde de mal:
el castillo de Consuegra,
¿por quién se tiene o está?
—El castillo con la villa
por el prior de Sant Joan.
—Pues abrid luego las puerta
que veislo aquí donde está.
—¡Afuera, afuera, buen rey,
que el prior llegado ha!
—¡Macho rucio—dijo el rey—
muermo (7) te quiera matar!
Abreme tú, buen prior,
allá me dejes entrar;
por mi corona te juro
de no hacerte ningún mal.
—Hacerlo vos, el buen rey,
agora en mi mano está.—
Mandárale abrir las puertas,
dióle muy bien de cenar.

(4) "Ahorrar": dar libertad.
(5) "Catadle": miradle.
(6) "Curar": cuidar.
(7) "Muermo": enfermedad de las caballerías.

Romances Fronterizos

I

ROMANCE DE ALORA LA BIEN CERCADA

Alora la bien cercada,
tú que estás en par del río,
cercóte el adelantado (1)
una mañana en domingo;
de peones y hombres de armas
el campo bien guarnecido,
con la gran artillería
hecho te había un portillo.
Viérades moros y moras
todos huir al castillo:
las moras llevaban ropa,
los moros harina y trigo,
y las moras de quince años
llevaban el oro fino,
y los moriscos pequeños
llevaban la pasa y higo.
Por cima de la muralla
su pendón llevan tendido.
Entre almena y almena
quedado se había un morico
con una ballesta armada
y en ella puesto un cuadri-
[llo (2).
En altas voces decía,
que la gente lo había oído,
—¡Treguas, treguas, adelanta-
[do,
por tuyo se da el castillo!—
Alza la visera (3) arriba
por ver al que tal le dijo:
asestárale a la frente,
salido le ha al colodrillo.
Sacólo Pablo de rienda
y de mano Jacobillo:

---

(1) "Adelantado": gobernador militar y político de una provincia fronteriza.

(2) "Cuadrillo": especie de saeta de cuatro caras de madera tostada.

(3) Del casco.

estos dos que había criado
en su casa desde chicos.
Lleváronle a los maestros (4)
por ver si será guarido (5);
a las primeras palabras
el testamento les dijo.

Por Juan de Mena sabemos cómo se difundió en esta forma de romance la noticia de la muerte del adelantado don Diego de Ribera ante los muros de Alora. Los romances fronterizos llenaron efectivamente el papel informativo: estas noticias de la frontera, convertidas en romances, se esparcían por todo el país.

(4) "Maestro o maestro de llagas": cirujano.
(5) "Guarido": curado.

II

EL REY DON JUAN ANTE GRANADA

—¡Abenámar, Abenámar,
moro de la morería!
El día que tú naciste
grandes señales había;
estaba la mar en calma,
la luna estaba crecida;
moro que en tal signo (1) nace
no debe decir mentira.—
Allí respondiera el moro,
bien oiréis lo que decía:
—No te la diré, señor,
aunque me cueste la vida;
porque soy hijo de un moro
y una cristiana cautiva;
siendo yo niño y muchacho
mi madre me lo decía
que mentira no dijese,
que era grande villanía;
por tanto, pregunta, rey,
que la verdad te diría.
—Yo te agradezco, Abenámar,
aquesa tu cortesía:
¿Qué castillo son aquéllos?
¡Altos son y relucían!
—El Alhambra era, señor,
y la otra la mezquita;
los otros los Alixares,
labrados a maravilla.
El moro que los labraba
cien doblas (2) ganaba al día
y el día que no los labra
otras tantas se perdía.
El otro es Generalife,
huerta que par no tenía:
el otro Torres-Bermejas,
castillo de gran valía.—
Allí habló el rey don Juan (3),
bien oiréis lo que decía:

(1) "Signo": cada una de las doce partes del Zodíaco. Alude al sino: influencia de los astros sobre la suerte de la persona.
(2) "Dobla": moneda antigua de oro.
(3) Juan II de Castilla.

—Si tú quisieres, Granada,
contigo me casaría (4);
daréte en arras y dote
a Córdoba y a Sevilla.

—Casada soy, rey don Juan,
casada soy, que no viuda;
el moro que a mí me tiene
muy grande bien me quería.

Como los demás romances fronterizos, está basado en un suceso histórico: en 1431 el rey don Juan, acompañado de Benalamao, infante moro, se presenta ante Granada, que se entrega; el rey, entonces, coloca al infante en el trono nazarí.

(4) Las bodas de una ciudad es una imagen puramente oriental.

III

PERDIDA DE ANTEQUERA

De Antequera sale un moro,
de Antequera aquesa villa;
cartas llevaba en su mano
cartas de mensajería;
escritas iban con sangre
y no por falta de tinta:
el moro que las llevaba
ciento y veinte años había;
toca (1) llevaba tocada,
muy grande precio valía;
alhareme (2) en su cabeza,
con borlas de seda fina.
Siete celadas le echaron,
de todas se escabullía;
por los campos de Archidona
a grandes voces decía:
—Si supieses el rey moro
mi triste mensajería,
mesarías tus cabellos
y la tu barba bellida.

(1) "Toca": prenda de tela delgada de diferentes formas con que se cubría la cabeza.

(2) "Alhareme": toca de gasa usada por los moros.

IV

CORRERIA EN LA FRONTERA

De Granada partió el moro
que se llama Ben Zulema;
allá se fuera a hacer salto
entre Osuna y Estepa.
Derribado ha los molinos
y los molineros lleva,
y del ganado vacuno
hecho había grande presa,
y de mancebos del campo
lleva las trahillas llenas;
por hacer enojo a Narváez
pasólos por Antequera;
hacían temblar la tierra.
Oído lo había Narváez,
que está sobre la barrera,
y como era buen cristiano
el corazón le doliera.
—Señor, no me desampares,
en esta empresa tan buena,
que por te hacer servicio
dejo yo sola Antequera.—
Mandó apercibir su gente,
cuanta en la villa hubiera,
y por un jaral que él sabe
al encuentro le saliera.
De quinientos que eran los mo-
[ros
sólo uno se les fuera,
que era el alcaide de Loja,
que buen caballo trujera.
Con la presa y cabalgada
vuélvese para Antequera.

Romances Moriscos

ROMANCE DE REDUAN

—Reduán; bien se te acuerda
que me diste la palabra
que me darías a Jaén
en una noche ganada.
Reduán, si tú lo cumples
daréte paga doblada,
y si tú no lo cumplieres
desterrarte he de Granada;
echarte he en una frontera
do no goces de tu dama.—
Reduán le respondía
sin demudarse la cara:
—Si lo dije no me acuerdo,
mas cumpliré mi palabra.—
Reduán pide mil hombres,
el rey cinco mil le daba;
por esa puerta de Elvira
sale muy gran cabalgada.
¡Cuánto del hidalgo moro,
cuánta de la yegua baya,
cuánta de la lanza en puño,
cuánta de la adarga blanca,
cuánta de marlota (1) verde,
cuánta aljuba (2) de escarlata,
cuánta pluma y gentileza,
cuánto capellar (3) de grana,
cuánto bayo borceguí (4),
cuánto lazo que lo esmalta,
cuánta de la espuela de oro,
cuánta estribera de plata!
Toda es gente valerosa
y experta para batalla;
en medio de todos ellos
va el rey Chico de Granada.
Míranlo las damas moras
de las torres del Alhambra.

---

(1) "Marlota": vestidura morisca, especie de túnica corta, sin mangas, con que se ciñe y ajusta el cuerpo.

(2) "Aljuba": especie de gabán con mangas cortas y estrechas, usado por los moriscos.

(3) "Capellar": especie de manto.

(4) "Borceguí": calzado que cubre parte de la pierna, abierto por delante y que se ajusta con correas.

La reina mora, su madre,
de esta manera le habla:
—Alá te guarde, mi hijo,
Mahoma vaya en tu guarda
y te vuelva de Jaén
libre, sano y con ventaja,
y te dé paz con tu tío,
señor de Guadix y Baza.

Los cristianos, hacía tiempo, sentían una gran inclinación a las costumbres moras; las fiestas, la música, los trajes, etc., habían ido invadiendo poco a poco las modas cristianas. A principios del siglo XV, el romance es alcanzado de lleno por estas tendencias y nace el tipo morisco, ficción, en que se supone escrito del lado moro. El éxito entre los poetas fué grande; todos ellos se sienten obligados a probar, y veremos como Lope, Góngora, etc., componen sinnúmero de romances moriscos.

ROMANCE DE LA PERDIDA DE ALHAMA

Paséabase el rey moro
por la ciudad de Granada,
desde la puerta de Elvira
hasta la de Vivarrambla;
como Alhama era ganada;
cartas le fueron venidas
las cartas echó en el fuego
y al mensajero matara.
Descabalga de una mula
y en un caballo cabalga,
por el Zacatín arriba
subido se había al Alhambra;
mandó tocar sus trompetas,
sus añafiles de plata,
y que las cajas de guerra
apriesa toquen al arma
porque lo oigan los moros
los de la Vega y Granada.
Cuatro a cuatro, cinco a cinco,
juntándose ha gran compaña.
Allí habló un viejo Alfaquí,
la barba bellida y cana:
—¿Para qué nos llamas, rey,
para qué fué nuestra llamada?
—Para que sepáis, amigos,
la gran pérdida de Alhama.
—Bien se te emplea, buen rey;
buen rey, bien se te empleara,
mataste los bencerrajes,
que eran la flor de Granada;
cogiste los tornadizos,
de Córdoba la nombrada;
por eso mereces, rey,
una pena muy doblada:
que te pierdas tú y el reino
y que se acabe Granada.

SIGUESE UN ROMANCE QUE DICE: "YO ME ERA MORA MORAINA..."

Yo me era mora Moraima,
morilla de un bel catar (1);
cristiano vino a mi puerta,
cuitada, por me engañar.
Hablóme en algarabía (2)
como aquel que la bien sabe.
—Abrasme las puertas, mora,
sí (3) Alá te guarde de mal.
—¿Cómo te abriré, mezquina,
que no sé quién te serás?
—Yo soy el moro Mazote,
hermano de la tu madre,
que un cristiano dejó muerto;
tras mí venía el alcalde.
Si no me abres tú, mi vida,
aquí me verás matar.—
Cuando esto oí, cuitada,
comencéme a levantar;
vistiérame una almejía (4)
no hallando mi brial (5);
fuérame para la puerta,
abríla de par en par.

(1) "Bel catar": buen ver.
(2) "Algarabía": lengua árabe.
(3) "Sí": así.
(4) "Almejía": manto pequeño y de tela basta, usado por los moriscos.
(5) "Brial": vestidura que usaban las mujeres; era de seda o tela rica, en forma de túnica, ajustada a la cintura.

AZARQUE EL GRANADINO

I

—Ensíllenme el potro rucio
del alcaide de los Vélez,
dénme la adarga de Fez
y la jacerina (1) fuerte,
una lanza con dos hierros
entrambos de agudo temple:
y aquel acerado casco
con el morado bonete,
que tiene plumas pajizas
entre blancos martinetes,
y garzotas medio pardas,
antes que me vista dénme.
Pondréme la toca azul
que me dió para ponerme
Adalifa la de Baza,
hija de Celín Amete,
y aquella medalla en cuadro,
que dos ramos la guarnecen,
con las hojas de esmeraldas,
por ser los ramos laureles;
un Adonis que va a caza
de jabalíes monteses
dejando su diosa amada,
y dice la letra: *Muere.*—
Esto dijo el moro Azarque
antes que a la guerra fuese,
a aquel discreto animoso,
a aquel galán y valiente
almoralife el de Baza,
de Zulema descendiente,
caballeros que en Granada
paseaban con los reyes.
Trajéronle la medalla,
y suspirando mil veces
del bello Adonis miraba
la gentileza y la suerte:
—Adalifa de mi alma,
no te aflijas ni lo pienses:
viviré para gozarte;
gozosa vendrás a verme.
Breve será mi jornada;
tu firmeza no sea breve:
procura, aunque eres mujer,
ser de todas diferente.
No te parezcas a Venus,
aunque en beldad te pareces,
en olvidar a su amante.
y en no respetarle ausente.
Cuando sola te imagines,
mi retrato te consuele,

(1) "Jacerina": cota de malla.

sin admitir compañía
que me ultraje y te desvele:
Que entre tristeza y dolor
suele amor entretenerse,
haciendo de alegres tristes,
como de tristes alegres.
Mira, amiga, mi retrato
que abiertos los ojos tiene,
y que es pintura encantada
que habla, que vive, y que sien-
[te:
Acuérdate de mis ojos,
que muchas lágrimas vierten,
¡y a fé que lágrimas suyas
pocas moras las merecen!—
En esto llegó Galvano
a decirle que se apreste,
que daban prisa en la mar
que se embarcase la gente.
A vencer se parte el moro,
pues que gustos no le vencen;
honra y esfuerzo le animan,
cumplirá lo que promete.

AZARQUE EL GRANADINO

II

—Recoge la rienda un poco;
para el caballo que aguija
medroso del acicate
con que furioso le picas:
que, sin uso de razón,
a mi parecer te avisa
de aquel venturoso tiempo,
que tú desleal olvidas,
cuando ruabas (1) mi calle,
midiendo de esquina a esquina
con sus corvetas el suelo,
mis ventanas con tu vista.
¡Oh, cruel a mi memoria,
pues por ella me castigas,
abrasando mis entrañas
con esas entrañas frías!
¡Qué de prendas que fiaba
de tu voluntad fingida!
¡Qué de verdades me debes!
Y yo a ti ¡qué de mentiras!
Ayer temiste a mis ojos,
hoy vences a quien temías:
que amor y tiempo, en mil años,
no están iguales un día.
Pensaba yo que en tu nombre
mi esperanza fuera rica,
en prendas de quien tú eres,
y de quien son mis caricias.
¿Adónde enseñan engaños?
Por merced que me lo digas:
defenderéme del tiempo,
y de ti no tendré envidia.
¡Mas bien pudiera saberlo
si yo saberlo quería,
cuando escuché tus razones
y vi tus quejas escritas!
Disculpas pensabas darme:
no quiero que me las digas:
para la dama que engañas
será mejor que te sirvan.
Ya te cansas de escucharme,
bien será que te despidas
de mi alma y de mis ojos,
como de mis celosías.—
Esto dijo al moro Azarque
la bella Zaida de Olías,
y cerrando su balcón,
dió principio a sus desdichas.
El moro picó el caballo,
y hacia el terreno le guía,
murmurando de su estrella,
que a mil mudanzas le inclina

(1) "Ruar": pasear la calle.

ROMANCE DE ZAIDE

(LOPE DE VEGA)

—Mira, Zaide, que te aviso
que no pases por mi calle,
ni hables con mis mujeres,
ni con mis cautivos trates,
ni preguntes en qué en entien-
[do (1)
ni quién viene a visitarme,
ni qué fiestas me dan gusto,
ni qué colores me placen;
basta que son por tu causa
los que en la cara me salen,
corrida de haber querido
moro que tan poco sabe.
Confieso que eres valiente,
que rajas, hiendes y partes,
y que has muerto más cristia-
[nos
que gotas tienes de sangre;
que eres gallardo jinete,
y que cantas, danzas, tañes;
gentil hombre, bien criado
cuanto puede imaginarse;
blanco rubio por extremo,
esclarecido en linaje;
el gallo de las bravatas,
la gala de los donaires,
que pierdo mucho en perderte,
que gano mucho en ganarte
y que si nacieras mudo
fuera posible adorarte.
¡Venturoso fueras, Zaide,
si conservarme supieras
como supiste obligarme!
Pero no saliste apenas
de los jardines de Tarfe,
cuando hiciste de tus dichas
y de mi desdicha alarde,
y a un morillo mal nacido
me dijeron que enseñaste
la trenza de mis cabellos
que te puse en el turbante.
Dijo la discreta mora
al altivo Abencerraje
y al despedirse replica:
—Quien tal hace que tal pague.

(1) "Entender": ocuparse.

ZAIDE HA PROMETIDO FIESTAS...

Zaide ha prometido fiestas
a las damas de Granada,
porque dicen que su ausencia
de fiestas las tiene faltas;
y para poder cumplir
lo que promete a las damas,
concierta con sus amigos
de hacerles fiestas y zam-
[bras (1).
Entre muchas que imagina,
concierta una encamisada,
para las damas secreta,
y para el vulgo callada.
Y antes que la clara aurora
el pecho se rasgue y abra,
entre el venturoso moro
con su ilustre camarada:
hecha escuadra de cincuenta
va toda bien concertada.
Cegríes con los Gomeles,
Azarques con los Audallas,
Vanegas y Portoleses,
Abencerrajes y Mazas,
Alfarríes y Achapices,
Fordaques con los Ferraras,
madrugan para coger
a las damas descuidadas,
deseosos de ver libre
lo que encubren tocas blancas.
Cabezas y cuerpos ciñen
de unas floridas guirnaldas;
muchas cañas llevan verdes,
y en las manos blancas hachas.
Ya los clarines comienzan,
ya las trompas y dulzainas,
ya los gritos y alaridos,
ya las voces y algazara,
a los añafiles tocan,
ya les responden las cajas,
y el envidioso Albaicín
con mil ecos acompaña.
Los azorados caballos
con los cascabeles andan,
moviendo tanto rüido,
que a la ciudad amenazan.
Unos corren, otros gritan,
otros dicen: Para, para,
sigan orden, vayan todos
la calle de la Alcazaba.
Otros dicen: La Gerea
no se deje, ni su plaza;
otros, de Vavataubín

(1) "Zambra": fiesta que celebran los moriscos.

vuelvan luego a la Alpujarra,
la calle de los Gomeles,
la plaza de Vivarrambla.
Corran toda la ciudad,
viva Albolún, y el Alcázar.
Las damas que el dulce sueño
las tiene muy descuidadas,
al ruido dispiertan todas,
y acuden a sus ventanas.
Cuál muestra suelto el cabello
preso de una mano blanca;
cuál por descuido no cubre
su blanco pecho y garganta.
Descuidadas salen todas
al cuidado alborotadas,
aunque del cuidado nacen
a cada mora mil ansias.
De pechos y en pechos puesta
a la ventana asomada,
está tan bella una mora,
que mil pechos abrasaba.
Miran las moras la fiesta,
cómo corren, cómo paran,
y tan sólo Zaida mira
al aposento de su alma.
Zaide corre una carrera,
y Muza su camarada;
luego todos a la folla
corren la cascabelada.
Tanto se enciende la fiesta,
y con tantas veras anda,
que no se viera la fin
si el sol no les madrugara.
Determinan recogerse,
dejan la fiesta acabada,
piden lugar a la gente,
diciéndola: Aparta, aparta.

EL DESAFIO A ZAIDE

Si tienes el corazón,
Zaide, como la arrogancia,
y a medida de las manos
dejas volar las palabras;
si en la vega escaramuzas
como entre las damas hablas,
y en el caballo revuelves
el cuerpo, como en las zambras;
si el aire de los bohordos
tienes en jugar la lanza,
y como danzas la toca
con la cimitarra danzas;
si eres tan diestro en la guerra
como en pasear la plaza
y como a fiestas te aplicas,
te aplicas a la batalla;
si como el galán ornato
usas la lucida malla,
y oyes el son de la trompa
como el son de la dulzaina;
si como en el regocijo
tiras gallardo las cañas,
y en el campo al enemigo
le atropellas y maltratas;
si respondes en presencia,
como en ausencia te alabas,
sal a ver si te defiendes
como en el Alhambra agravias.
Y si no osas salir solo,
como lo está el que te aguarda,
algunos de tus amigos
para que te ayuden saca.
Que los buenos caballeros,
no en palacio, ni entre damas,
se aprovechan de la lengua,
pues es do las manos callan;
pero aquí que hablan las manos,
ven, y verás cómo habla
el que delante del Rey,
por su respeto callaba.
Esto el moro Tarfe escribe,
con tanta cólera y rabia,
que donde pone la pluma
el delgado papel rasga.
Y llamando a un paje suyo.
le dijo: "Vete a la Alhambra,
y en secreto al moro Zaide
da de mi parte esta carta;
y dirásle que le espero
donde las corrientes aguas
del cristalino Genil
al Generadife bañan".

SALE LA ESTRELLA DE VENUS...

(LOPE DE VEGA)

Sale la estrella de Venus
al tiempo que el sol se pone
muy la enemiga del día
su negro manto descoge,
y con ella un fuerte moro,
semejante a Rodamonte,
sale de Sidonia airado,
la vega de Jerez corre,
por donde entra Guadalete
pero aquí que hablan las ma-
[nos,
al mar de España, y por dónde
Santa María del Puerto
recibe famoso nombre.
Desesperado camina,
que siendo en linaje noble
le deja su dama ingrata
porque se suena que es pobre,
y aquella noche se casa
con un moro feo y torpe,
porque es alcaide en Sevilla
del Alcázar y la Torre.
Quejándose tiernamente
de un agravio tan inorme,
a sus palabras la vega
con tristes ecos responde:
—Zaida, dice, más airada
que el mar que las nubes sor-
[be,
más dura e inexorable
que las entrañas de un monte,
¿cómo permites, cruel,
después de tantos favores,
que de prendas de mi alma
ajena mano se adorne?
¿Es posible que te abraces
a las cortezas de un roble
y dejes el árbol tuyo
desnudo de fruta y flores?
Dejas tu amado Gazul,
dejas tres años de amores
y das la mano a Albenzaide,
que aún apenas le conoces.
Dejas un pobre muy rico
y un rico muy pobre escoges,
pues las riquezas del cuerpo
a las del alma antepones.
Alá permita, enemiga,
que te aborrezca y le adores,
y que por celos suspires,
y por ausencia le llores,
y que de noche no duermas,
y de día no reposes,
y en la cama le fastidies,
y que en la mesa le enojes,
y en las fiestas, en las zam-
[bras,
no se vista tus colores,

ni aun para verlas permita
que a la ventana te asomes,
y menosprecie en las cañas
(para que más te alborotes)
el almaizar (1) que te labres
y la manga (2) que le bordes,
y se ponga el de su amiga
con la cifra de su nombre,
a quien le dé los cautivos
cuando de la guerra torne;
y en batallas de cristianos
de velle muerto te asombres,
y plegue a Alá que suceda
cuando la mano le tomes,
que si le has de aborrecer,
que largos años le goces,
que es la mayor maldición
que pueden darte los hom-
[bres.—
Con esto llegó a Jerez
a la mitad de la noche,
halló el palacio cubierto
de luminarias y voces
y los moros fronterizos
que por todas partes corren
con sus hachas encendidas
y con libreas conformes.
Delante del desposado
en los estribos alzóse
arrojóle una lanzada,
de parte a parte pasóle.
Alborotóse la plaza,
desnudó el moro su estoque
y por mitad de la gente
hacia Sidonia volvióse.

---

(1) "Almaizar": toca de gasa usada por los moros.

(2) "Manga": insignia de la dama, puesta en la lanza o en la cimera, que llevaban los caballeros a los torneos o a la guerra.

EL ESPAÑOL DE ORAN

(GONGORA)

Entre los sueltos caballos
de los vencidos Cenetes (1)
que por el campo buscaban
entre la sangre lo verde,
aquel español de Orán
un suelto caballo prende,
por sus relinchos lozano,
y por sus cernejas fuerte,
para que le lleve a él
y a un moro cautivo lleve,
un moro que ha cautivado,
capitán de cien jinetes.
En el ligero caballo
suben ambos, y él parece,
de cuatro espuelas herido,
que cuatro alas le mueven.
Triste camina el alarbe
y lo más bajo que puede
ardientes suspiros lanza
y amargas lágrimas vierte.
Admirado el español
de ver cada vez que vuelve
que tan tiernamente llora
quien tan duramente hiere,
con razones le pregunta,
comedidas y corteses,
de sus suspiros la causa,
si la causa lo consiente.
El cautivo como tal
sin excusas le obedece
y a su piadosa demanda
satisface desta suerte:
—Valiente eres, Capitán,
y cortés como valiente;
por tu espada y por tu trato
me has cautivado dos veces.
Preguntado me has la causa
de mis suspiros ardientes
y débote la respuesta
por quien soy y por quien eres.
En los Gelves nací, el año
que os perdisteis en los Gelves,
de una berberisca noble
y de un turco matasiete.
En Tremecén me crié
con mi madre y mis parientes,
después que perdí a mi padre
corsario de tres bajeles.
Junto a mi casa vivía,
porque más cerca muriese,
una mora de linaje
de los nobles Melioneses,

(1) "Cenetes": individuos de la tribu berberisca de Zeneta, una de las más antiguas y principales de Africa del Norte.

extremos de las hermosas,
cuando no de las crueles,
hija al fin de estas arenas
engendradoras de sierpes;
cada vez que la miraba
salía el sol por su frente
de tantos rayos ceñidos
cuantos cabellos contiene.
Juntos así nos criamos
y amor en nuestras niñeces
hirió nuestros corazones
con harpones diferentes:
labró el oro en mis entrañas
dulces lazos, tiernas redes,
mientras el plomo en las suyas
libertades y desdenes.
Apenas vide trocada
la dureza de esta sierpe
cuando tú me cautivaste,
¡mira si es bien que lamente!

Romances

Carolingios y Novelescos

ROMANCE DE MONTESINOS

Cata (1) Francia, Montesi-
[nos,
cata París la ciudad,
cata las aguas de Duero
do van a dar en la mar;
cata palacios del rey,
cata los de don Beltrán,
y aquella que ves más alta
y que está en mejor lugar
es la casa de Tomillas,
mi enemigo mortal:
por su lengua difamada
me mandó el rey desterrar.

(1) "Catar": mirar.

ROMANCE DE GAIFEROS

Vámonos, dijo mi tío,
a París, esa ciudad,
en figura de romeros,
no nos conozca Galván,
que si Galván nos conoce
nos mandaría matar.
Encima ropas de seda
vistamos las de sayal (1);
llevemos nuestras espadas
por más seguros andar;
llevemos sendos bordones
por la gente asegurar.—
Ya se parten los romeros.
ya se parten, ya se van,
de noche por los caminos
de día por el jaral.
Andando por sus jornadas
a París llegado han;
las puertas hallan cerradas,
no hallan por donde entrar.
Siete vueltas la rodean
por ver si podrán entrar,
y al cabo de las ocho
un postigo van a hallar.
Ellos que se vieron dentro
empiezan a demandar (2);
no preguntan por mesón
ni menos por hospital (3);
preguntan por los palacios
donde la condesa está;
a las puertas del palacio
allí van a demandar.
Vieron estar la condesa
y empezaron de hablar
—Dios te salve, la condesa.
—Los romeros bien vengáis.
—Mandedes nos dar limosna
por honor de caridad.
—Con Dios vades los romeros,
que no os puedo nada dar,
que el conde me había mandado
a romeros no albergar.
—Dadnos limosna, señora,
que el conde no lo sabrá;
así la den a Gaiferos
en la tierra donde está.—
Así como oyó Gaiferos,
comenzó de sospirar:
mandábales dar el vino,
mandábales dar el pan.

(1) "Sayal": tela muy basta de lana burda.

(2) "Demandar": preguntar.

(3) "Hospital": casa donde se recogen caminantes pobres y peregrinos.

Ellos en aquesto estando
el conde llegado ha.
—¿Qué es aquesto, la condesa?
Aquesto ¿qué puede estar?
¿No os tenía yo mandado
a romeros no albergar?—
Y alzara la su mano
puñada le fuera a dar,
que sus dientes menudicos
en tierra los fuera a echar.
Allí hablaron los romeros
y empezaron de hablar.
—¡Por hacer bien la condesa
cierto no merece mal!
—¡Calledes vos, los romeros,
no hayades vuestra parte!
Alzó Gaiferos la espada,
un golpe le fué a dar
que la cabeza de sus hombros
en tierra la fuera a echar.
Allí habló la condesa,
llorando con gran pesar:
—¿Quién érades, los romeros,
que al conde fuisteis matar?—
Allí respondió el romero,
tal respuesta le fué a dar:
—Yo soy Gaiferos, señora,
vuestro hijo natural.
—Aquesto no puede ser
ni era cosa de verdad,
que el dedo y el corazón
yo lo tengo por señal.
—El corazón que vos tenéis
en persona no fué a estar:
el dedo bien es aqueste,
aquí lo veréis faltar.—
La condesa que esto oyera
empezóle a abrazar.
La tristeza, que tenía
en placer se fué a tornar.

ROMANCE DE DOÑA ALDA

En París está doña Alda,
la esposa de don Roldán,
trescientas damas con ella
para la acompañar;
todas visten un vestido,
todas calzan un calzar,
todas comen a una mesa,
todas comían de un pan,
si no era doña Alda,
que era la mayoral;
las ciento hilaban oro,
las ciento tejen cendal (1);
las ciento tañen instrumentos
para doña Alda holgar.
Al son de instrumentos
doña Alda dormido se ha:
ensoñado había un sueño,
un sueño de gran pesar.
.. ..

Otro día de mañana
cartas de fuera le traen;
tintas venían de dentro,
de fuera escritas con sangre:
que su Roldán era muerto
en la caza de Roncesvalles.

Los romances carolingios se creía derivaban todos ellos directamente de poemas franceses, y no es así. En España había tradición, pero a base de poemas sobre los mismo temas que los franceses, de los que derivan muchos romances, como éste.

(1) "Cendal": tela de seda o lino, muy delgada y transparente.

EL INFANTE VENGADOR

¡Helo, helo por do viene
el infante vengador!
caballero a la jineta (1)
en un caballo corredor;
su manto revuelto al brazo,
demudada la color
en la su mano derecha
un venablo (2) cortador;
con la punta del venablo
sacaría un arador (3).
Siete veces fué templado
en la sangre de un dragón
y otras tantas fué afilado
porque cortase mejor;
el hierro fué hecho en Francia
y el asta en Aragón;
perfilándoselo iba
en las alas de un halcón.
Iba a buscar a don Cuadros,
a don Cuadros el traidor;
allá le fuera a hallar
junto al emperador.
La vara tiene en la mano,
que era justicia mayor.
Siete veces lo pensaba
si lo tiraría o no,
y al cabo de las ocho
el venablo le arrojó.
Por dar al dicho don Cuadros
dado ha al emperador;
pasado le ha manto y sayo,
que era de un tornasol (4);
por el suelo ladrillado
más de un palmo le metió.

(1) "Jineta": modo de montar a caballo que consiste en llevar los estribos cortos y las piernas dobladas, pero verticales de rodilla abajo.
(2) "Venablo": dardo o lanza corta y arrojadiza.
(3) "Arador": parásito muy pequeño que produce la sarna.
(4) "Tornasol": tela de reflejos tornasolados.

CONDE ALARCOS

Retraída está la infanta,
bien así como solía,
viviendo muy descontenta
de la vida que tenía,
viendo que ya se pasaba
toda la flor de su vida,
y que el rey no la casaba,
ni tal cuidado tenía.
Entre sí estaba pensando
a quién se descubriría,
acordó llamar al rey
como otras veces solía,
por decirle su secreto
y la intención que tenía.
Vino el rey, siendo llamado,
que no tardó su venida:
vídola estar apartada,
sola está sin compañía;
su lindo gesto mostraba
ser más triste que solía.
Conociera luego el rey
el enojo que tenía.
—¿Qué es aquesto, la infanta?
¿Qué es aquesto, hija mía?
Contadme vuestros enojos,
no toméis malenconía (1),
que sabiendo la verdad
todo se remediaría.
—Menester será, buen rey,
remediar la vida mía,
que a vos quedé encomendada
de la madre que tenía.
Dédesme, buen rey, marido,
que mi edad ya lo pedía:
con vergüenza os lo demando,
no con gana que tenía,
que aquestos cuidados tales,
a vos, rey, pertenecían.—
Escuchada su demanda,
el buen rey le respondía:
—Esa culpa, la infanta,
vuestra era, que no mía,
que ya fuérades casada
con el príncipe de Hungría.
No quesistes escuchar
la embajada que os venía;
pues acá en las nuestras cortes,
hija, mal recaudo había,
porque en todos los mis reinos
vuestro par igual no había,
si no era el conde Alarcos,
hijos y mujer tenía.
—Convidadlo vos, el rey,
al conde Alarcos un día,

(1) "Malenconía": melancolía.

y después que hayáis comido
decidle de parte mía,
decidle que se le acuerde
de la fé que dél tenía,
la cual él me prometió,
que yo no se la pedía,
de ser siempre mi marido,
yo que su mujer sería.
Yo fuí de ello muy contenta
y que no me arrepentía.
Si casó con la condesa,
que mirase lo que hacía,
que por él no me casé
con el príncipe de Hungría;
si casó con la condesa,
dél es culpa, que no mía.—
Perdiera el rey en oírlo
el sentido que tenía,
mas después en sí tornado
con enojo respondía:
—¡No son éstos los consejos
que vuestra madre os decía!
¡Muy mal mirastes, infanta,
do estaba la honra mía!
Si verdad es todo eso,
vuestra honra ya es perdida:
no podéis vos ser casada,
siendo la condesa viva.
Si se hace el casamiento
por razón o por justicia,
en el decir de las gentes
por mala seréis tenida.
Dadme vos, hija, consejo,
que el mío no bastaría,
que ya es muerta vuestra madre
a quien consejo pedía.
—Yo vos lo daré, buen rey,
de este poco que tenía:
mate el conde a la condesa,
que nadie no lo sabría,
y eche fama que ella es muerta
de un cierto mal que tenía,
y tratarse ha el casamiento
como cosa no sabida.
De esta manera, buen rey,
mi honra se guardaría.—
De allí se salía el rey,
no con placer que tenía;
lleno va de pensamientos
con la nueva que sabía,
vido estar al conde Alarcos
entre muchos, que decía:
—¿Qué aprovecha, caballeros,
amar y servir amiga,
qué son servicios perdidos
donde firmeza no había?
No pueden por mí decir
aquesto que yo decía,
que en el tiempo que serví
una que tanto quería,
si muy bien la quise entonces,
agora más la quería;
mas por mí pueden decir:
quien bien ama, tarde olvida.—
Estas palabras diciendo,
vido al buen rey que venía,
y para hablar con el rey,
de entre todos se salía.
Dijo el buen rey al conde,
hablando con cortesía:
—Convidaros quiero, conde,
por mañana en aquel día,
que queráis comer conmigo
por tenerme compañía.
—Que se haga de buen grado
lo que su alteza decía;

beso sus reales manos
por la buena cortesía;
detenerme he aquí mañana,
aunque estaba de partida,
que la condesa me espera
según la carta me envía.—
Otro día de mañana
el rey de misa salía;
luego se asentó a comer,
no por gana que tenía,
sino por hablar al conde
de lo que hablarle quería.
Allí fueron bien servidos
como a rey pertenecía.
Después que hubieron comido,
toda la gente salida,
quedóse el rey con el conde
en la tabla (2) do comía.
Empezó de hablar el rey
la embajada que traía:
—Unas nuevas traigo, conde,
que de ellas no me placía,
por las cuales ya me quejo
de vuestra descortesía.
Prometistes a la infanta
lo que ella no vos pedía,
de siempre ser su marido,
y a ella que le placía.
Si otras cosas más pasastes
no entro en esa porfía.
Otra cosa os digo, conde,
de que más os pesaría:
que matéis a la condesa
que cumple a la honra mía;
echéis fama que ella es muerta
de cierto mal que tenía,
y tratarse ha el casamiento
como cosa no sabida,
porque no sea deshonrada
hija que tanto quería.—
Oídas estas razones
el buen conde respondía:
—No puedo negar, el rey,
lo que la infanta decía,
sino que otorgo ser verdad
todo cuanto me pedía.
Por miedo de vos, el rey,
no casé con quien debía,
no pensé que vuestra alteza
en ello consentiría:
de casar con la infanta
yo, señor, bien casaría;
mas matar a la condesa,
señor rey, no lo haría,
porque no debe morir
la que mal no merecía.
—De morir tiene, el buen conde,
por salvar la honra mía,
pues no mirasteis primero
lo que mirar se debía.
Si no muere la condesa
a vos costara la vida.
Por la honra de los reyes
muchos sin culpa morían,
porque muera la condesa
no es mucha maravilla.
—Yo la mataré, buen rey,
mas no será culpa mía:
vos os avendréis con Dios
en la fin de vuestra vida,
y prometo a vuestra alteza,
a fe de caballería,

(2) "Tabla": mesa.

que me tengan por traidor
si lo dicho no cumplía,
de matar a la condesa,
aunque mal no merecía.
Buen rey, si me dais licencia
yo luego me partiría.
—Vayáis con Dios, el buen con-
[de,
ordenad vuestra partida.—
Llorando se parte el conde,
llorando, sin alegría;
llorando por la condesa,
que más que a sí la quería.
Lloraba también el conde
por tres hijos que tenía,
el uno era de pecho,
que la condesa lo cría;
los otros eran pequeños,
poco sentido tenían.
Antes que llegase el conde
estas razones decía:
—¡Quién podrá mirar, condesa,
vuestra cara de alegría,
que saldréis a recebirme
a la fin de vuestra vida!
Yo soy el triste culpado,
esta culpa toda es mía.—
En diciendo estas palabras
la condesa ya salía,
que un paje le había dicho
cómo el conde ya venía.
Vido la condesa al conde
la tristeza que tenía,
vióle los ojos llorosos,
que hinchados los traía,
de llorar por el camino,
mirando el bien que perdía.
Dijo la condesa al conde:
—¡Bien vengáis, bien de mi vi-
[da!
¿Qué habéis, el conde Alarcos?
¿Por qué lloráis, vida mía,
que venís tan demudado
que cierto no os conocía?
No parece vuestra cara
ni el gesto que ser solía;
dadme parte del enojo
como dais de la alegría.
¡Decídmelo luego, conde,
no matéis la vida mía!
—Yo vos lo diré, condesa,
cuando la hora sería.
—Si no me lo decís, conde,
cierto yo reventaría.
—No me fatiguéis, señora,
que no es la hora venida.
Cenemos luego, condesa,
de aquesto que en casa había.
—Aparejado está, conde,
como otras veces solía.—
Sentóse el conde a la mesa,
no cenaba ni podía,
con sus hijos al costado,
que muy mucho los quería.
Echóse sobre los brazos;
hizo como que dormía;
de lágrimas de sus ojos
toda la mesa cubría.
Mirándolo la condesa,
que la causa no sabía,
no le preguntaba nada,
que no osaba ni podía.
Levantóse luego el conde,
dijo que dormir quería;
dijo también la condesa
que ella también dormiría;

mas entre ellos no había sueño,
si la verdad se decía.
Vanse el conde y la condesa
a dormir donde solían:
dejan los niños de fuera
que el conde no los quería;
lleváronse el más chiquito,
el que la condesa cría;
cerrara el conde la puerta,
lo que hacer no solía.
Empezó de hablar el conde
con dolor y con mancilla:
—¡Oh, desdichada condesa,
grande fué la desdicha!
—No soy desdichada, el conde,
por dichosa me tenía;
sólo en ser vuestra mujer,
esta fué gran dicha mía.
—¡Si bien lo sabéis, condesa,
esa fué vuestra desdicha!
Sabed que en tiempo pasado
yo amé a quien bien servía,
la cual era la infanta,
por desdicha vuestra y mía.
Prometí casar con ella,
y a ella que le placía;
demándame por marido
por la fe que me tenía.
Puédelo muy bien hacer
de razón y de justicia:
díjomelo el rey, su padre,
porque de ella lo sabía.
Otra cosa manda el rey,
que toca en el alma mía:
manda que muráis, condesa,
por la honra de su hija,
que no puede tener honra
siendo vos, condesa, viva.—
Desque esto oyó la condesa
cayó en tierra amortecida;
mas después en sí tornada
estas palabras decía:
—¡Pagos son de mis servicios,
conde, con que yo os servía!
Si no me matáis, el conde,
yo bien os aconsejaría,
enviédesme a mis tierras
que mi padre me ternía;
yo criaré vuestros hijos
mejor que la que vernía,
yo os mantendré lealtad
como siempre os mantenía.
—De morir habéis, condesa,
enantes que venga el día.
—¡Bien parece, el conde Alarcos,
yo ser sola en esta vida;
porque tengo el padre viejo,
mi madre ya es fallecida,
y mataron a mi hermano,
el buen conde don García,
que el rey lo mandó matar
por miedo que dél tenía!
No me pesa de mi muerte,
porque yo morir tenía,
mas pésame de mis hijos,
que pierden mi compañía;
hacémelos venir, conde,
y verán mi despedida.
—No los veréis más, condesa,
en días de vuestra vida;
abrazad este chiquito
que aquéste es el que os perdía.
Pésame de vos, condesa,
cuanto pesar me podía.
No os puedo valer, señora,

que más me va que la vida;
encomendaos a Dios
que esto hacerse tenía.
—Dejéisme decir, buen conde,
una oración que sabía.
—Decidla presto, condesa,
enantes que venga el día.
—Presto la habré dicho, conde,
no estaré un Ave María.—
Hincó rodillas en tierra,
aquesta oración decía:
—En las tus manos, Señor,
encomiendo el alma mía;
no me juzgues mis pecados
según que yo merecía,
mas según tu gran piedad
y la tu gracia infinita.
Acabada es ya, buen conde,
la oración que yo sabía;
encomiéndoos esos hijos
que entre vos y mí había,
y rogad a Dios por mí,
mientras tuviéredes vida,
que a ello sois obligado
pues que sin culpa moría.
Dédesme acá ese hijo,
mamará por despedida.
—No lo despertéis, condesa,
dejadlo estar, que dormía,
sino que os pido perdón
porque ya se viene el día.
—A vos yo perdono, conde,
por el amor que os tenía,
mas yo no perdono al rey,
ni a la infanta su hija,
sino que queden citados
delante la alta justicia,
que allá vayan a juicio
dentro de los treinta días.—
Estas palabras diciendo
el conde se apercebía:
echóle por la garganta
una toca que tenía.
—¡Socorré, mis escuderos,
que la condesa se fina!
Hallan la condesa muerta,
los que a socorrer venían.
Así murió la condesa,
sin razón y sin justicia;
mas también todos murieron
dentro de los treinta días.
Los doce días pasados
la infanta también moría;
el rey a los veinte y cinco,
el conde al treinteno día;
allá fueron a dar cuenta
a la justicia divina.
Acá nos dé Dios su gracia,
y allá la gloria cumplida.

Romances Líricos Viejos

LA CONSTANCIA

Mis arreos son las armas,
mi descanso el pelear,
mi cama las duras peñas,
mi dormir siempre velar.
Las manidas (1) son obscuras,
los caminos por usar,
el cielo con sus mudanzas
ha por bien de me dañar;
andando de sierra en sierra
por orilla de la mar,
por probar si mi ventura
hay lugar donde avadar (2).
Pero por vos, mi señora,
todo se ha de comportar (3).

---

(1) "Manida": lugar donde un hombre o animal se recoge o guarece.

(2) "Avadar": sosegar.

(3) "Comportar": soportar, sufrir.

EL PRISIONERO

Que por mayo era, por mayo,
cuando hace la calor,
cuando los trigos encañan
y están los campos en flor,
cuando canta la calandria
y responde el ruiseñor,
cuando los enamorados
van a servir al amor;
sino yo triste, cuitado,
que vivo en esta prisión,
que ni sé cuándo es de día
ni cuando las noches son,
sino por una avecilla
que me cantaba el albor.
Matómela un ballestero;
déle Dios mal galardón.

ROMANCE DE FONTE-FRIDA

Fonte-frida, Fonte-frida,
Fonte-frida y con amor,
do todas las avecicas
van tomar consolación,
si no es la tortolica,
que está viuda y con dolor.
Por allí fuera pasar
el traidor del ruiseñor;
las palabras que le dice
llenas son de traición:
—Si tú quisieses, señora,
yo sería tu servidor.
—Vete de ahí, enemigo,
malo, falso, engañador,
que ni poso en ramo verde
ni en ramo que tenga flor,
que si el agua hallo clara
turbia la bebiera yo;
que no quiero haber marido
por que hijos no haya, no;
no quiero placer con ellos
ni menos consolación.
¡Déjame triste, enemigo,
malo, falso, mal traidor;
que no quiero ser tu amiga
ni casar contigo, no!

LA LAVANDERA

Yo me levantara, madre,
la mañana de San Juan,
vide estar una doncella
ribericas de la mar;
sola lava, sola tuerce,
sola tiende en un rosal;
mientras los paños se enjugan
dice la niña un cantar:
dó los andaré a buscar?—
Mar arriba, mar abajo,
diciendo iba el cantar:
—Dígasme tú, el marinero,
que Dios te guarde de mal,
si los viste mis amores,
si los viste allá pasar.

EL CONDE ARNALDOS

¡Quién hubiera tal ventura
sobre las aguas del mar
como hubo el infante Arnaldos
la mañana de San Juan!
Andando a buscar la caza
para su falcón cebar,
vió venir una galera
que a tierra quiere llegar;
las velas trae de seda,
la ejarcia (1) de oro torzal (2);
áncoras tiene de plata,
tablas de fino coral.
Marinero que la guía
diciendo viene un cantar
que la mar ponía en calma,
los vientos hace amainar,
los peces que andan al hondo
arriba los hace andar,
las aves que van volando
al mástil vienen posar.
Allí habló el infante Arnaldos,
bien oiréis lo que dirá:
—Por tu vida, el marinero,
digasme ora ese cantar—
Respondióle el marinero,
tal respuesta le fué a dar:
—Yo no digo mi canción
sino a quien conmigo va.

---

(1) "Ejarcia": aparejos y cabos de un barco.
(2) "Torzal": cordón de oro retorcido.

EL PALMERO

Yo me partiera de Burgos
para ir a Valladolid;
me encontré con un palmero
que me habló y me dijo así:
—¿Dónde vas, el caballero?
¿Dónde vas, triste de ti?
Muerta es tu linda amiga,
muerta es, que yo la vi:
las andas en que la llevan
de luto las vi cubrir;
los responsos que le rezan
yo los ayudé decir.
Duques y condes la llevan,
todos por amor a ti.—
Al llegar al camposanto
una sombra blanca vi:
cuanto más me retiraba
más se acercaba ella a mí.
—No te espantes, caballero,
¿por qué me huyes así?
yo soy la tu enamorada
que me vengo a despedir.
—Si eres mi enamorada,
¿cómo no me abrazas? di.
—Brazos con que te abrazaba
en la mortaja envolví;
boca con que te besaba
a la tierra se la dí.
—Acógeme, mi señora,
en la huesa a par de ti.
—Vive, vive, enamorado,
vive, pues que yo morí.

LA DONCELLA GUERRERA

—Pregonadas son las guerras
de Francia con Aragón,
¡cómo las haré yo, triste,
viejo y cano, pecador!
¡No reventaras, condesa,
por medio del corazón,
que me diste siete hijas,
y entre ellas ningún varón!—
Allí habló la más chiquita,
en razones de mayor:
—No maldigáis a mi madre,
que a la guerra me iré yo;
me daréis las vuestras armas,
vuestro caballo trotón.
—Conocerante en los pechos
que asoman bajo el jubón.
—Yo los apretaré, padre,
al par de mi corazón.
—Tienes las manos muy blanca
hija; no son de varón.
—Yo les quitaré los guantes
para que las queme el sol.
—Conocerante en los ojos
que otros más lindos no son.
—Yo los revolveré, padre,
como si fuera un traidor.
Al despedirse de todos,
se le olvida lo mejor:
—¿Cómo me he de llamar, pa-
[dre?
—Don Martín el de Aragón.
—Y para entrar en las cortes,
padre, ¿cómo diré yo?
—Bésoos la mano, buen rey,
las cortes las guarde Dios.—
Dos años anduvo en guerra
y nadie la conoció,
si no fué el hijo del rey
que en sus ojos se prendó.
—Herido vengo, mi madre,
de amores me muero yo;
los ojos de don Martín
son de mujer, de hombre no.
—Convídalo tú, mi hijo,
a las tiendas a feriar;
si don Martín es mujer,
las galas ha de mirar.—
Don Martín como discreto
a mirar las armas va;
—¡Qué rico puñal es este,
para con moros pelear!
—Herido vengo, mi madre,
amores me han de matar;
los ojos de don Martín
roban el alma al mirar.
—Lleváraslo tú, hijo mío,
a la huerta a solazar;
si don Martín es mujer,
la fruta deseará.—
Don Martín deja la fruta;

una vara va a cortar:
—¡Oh, qué varita de fresno
para el caballo arrear!
—Hijo, arrójale al regazo
tus anillos al jugar;
si don Martín es varón
las rodillas juntará,
pero si las separare
por mujer se mostrará.—
Don Martín, muy avisado,
hubiéralas de juntar.
—Herido vengo, mi madre,
amores me han de matar;
los ojos de don Martín
nunca los puedo olvidar.
—Convídalo tú, mi hijo,
en los baños a nadar.—
Todos se están desnudando;
don Martín muy triste está:
—Cartas me fueron venidas,
cartas de grande pesar,
que se halla el conde mi padre
enfermo para finar.
Licencia le pido al rey
para irle a visitar.
—Don Martín, esa licencia
no te la quiero estorbar.
Ensilla el caballo blanco,
de un salto en él va a montar;
por unas vegas arriba
corre como un gavilán:
—¡Adiós, adiós, el buen rey,
y tu palacio real;
que dos años te sirvió
una doncella leal!—
Oyela el hijo del rey,
tras ella va a cabalgar.
—¡Corre, corre, hijo del rey,
que no me habrás de alcanzar
hasta en casa de mi padre,
si quieres irme a buscar!
Campanitas de mi iglesia,
ya os oigo repicar;
puentecito, puentecito,
del río de mi lugar,
una vez te pasé virgen,
virgen te vuelvo a pasar.
Abra las puertas mi padre,
ábralas de par en par.
Madre, sáqueme la rueca
que traigo ganas de hilar,
que las armas y el caballo
bien los supe manejar.
Tras ella el hijo del rey
a la puerta fué a llamar.

CONDE NIÑO

Conde Niño por amores
es niño y pasó la mar;
va a dar agua a su caballo
la mañana de San Juan.
Mientras el caballo bebe
él canta dulce cantar;
todas las aves del cielo
se paraban a escuchar,
caminante que camina
olvida su caminar,
navegante que navega
la nave vuelve hacia allá.
La reina estaba labrando,
la hija durmiendo está.
—Levantaos, Albaniña,
de vuestro dulce folgar (1),
sentiréis cantar hermoso
la sirenita del mar.
—No es la sirenita, madre,
la de tan bello cantar,
sino es el conde Niño
que por mí quiere finar.
¡Quién le pudiese valer
en su tan triste penar!
—Si por tus amores pena,
¡oh, mal haya su cantar!
Y porque nunca los goce
yo le mandaré matar.
—Si le manda matar, madre,
juntos nos han de enterrar.
El murió a la media noche,
ella a los gallos cantar;
a ella, como hija de reyes,
la entierran en el altar;
a él, como hijo de conde,
unos pasos más atrás.
De ella nació un rosal blanco,
de él nació un espino albar;
crece el uno, crece el otro,
los dos se van a juntar;
las ramitas que se alcanzan
fuertes abrazos se dan,
y las que no se alcanzaban
no dejan de suspirar.
La reina, llena de envidia,
ambos los mandó cortar;
el galán que los cortaba
no cesaba de llorar.
Della naciera una garza,
dél un fuerte gavilán;
juntos vuelan por el cielo,
juntos vuelan par a par.

(1) "Folgar": descanso.

MISA DE AMOR

Mañanita de San Juan,
mañanita de primor,
cuando damas y galanes
van a oír misa mayor.
Allá va la mi señora,
entre todas la mejor;
viste saya sobre saya,
mantellín de tornasol (1),
camisa con oro y perlas
bordada en el cabezón (2);
en la su boca muy linda
lleva un poco de dulzor;
en la su cara tan blanca
un poquito de arrebol (3)
y en los sus ojuelos garzos
lleva un poco de alcohol (4);
así entraba por la iglesia
relumbrando como el sol.
Las damas mueren de envidia
y los galanes de amor;
el que cantaba en el coro
en el credo se perdió;
el abad que dice misa
ha trocado la lición;
monacillos que le ayudan
no aciertan responder, non;
por decir amén, amén,
decían amor, amor,

Esta versión de la Misa de Amor está recogida en Salónica y publicada allí en caracteres hebreos.

---

(1) "Mantellín de tornasol": especie de mantilla con reflejos tornasolados.

(2) "Cabezón": tira de lienzo doblado que forma el cuello de la camisa.

(3) "Arrebol": color rojo usado para la cara.

(4) "Alcohol": polvo negro muy fino y perfumado que hoy todavía se usa en Oriente para alargar los ojos.

TRES DAMAS VAN A LA MISA

Tres damas van a la misa,
a hacer la oración,
entre medio la mi esposa,
la que más quería yo;
sayo lleva sobre sayo
y un jubón de adornación,
camisa de Holanda lleva,
sirma (1) y perla al cabezón,
su cabeza una toronja,
sus cabellos briles (2) son,
la su cejica enarcada
arco de tirar ya son,
los sus ojos grandecicos
espejicos de Estambol (3),
las sus caras (4) coloradas
manzanas de Escapia son.
A la entrada de la misa
la misa se relumbró,
el sabio que está meldando (5)
ya yerró de su lición (6),
el teñedor que la vido
de rodillas se sentó.

Los judíos españoles llevaron a su destierro, y conservaron, mil versiones de romances. Hoy en todas las ciudades donde forman colonia siguen recitando o cantando estos romances trasplantados, que conservan con mucha más fidelidad que lo que es corriente en la península; son versiones en las que al cabo de cinco siglos la única variante que encontramos con la versión que podemos suponer original son unas cuantas palabras formadas sobre las de la lengua que los rodea, (turco, etc.).

---

(1) "Sirma": tela traída de Grecia.

(2) "Briles": hilos de oro que llevan las novias junto a la flor de azahar, lo mismo las israelitas que las turcas.

(3) "Estambol": nombre turco de Constantinopla.

(4) "Caras": mejillas.

(5) "Meldando": leyendo.

(6) "Lición": lectura.

QUE MATASTE UN CABALLERO CON LAS ARMAS QUE TRAIA

Por aquellos prados verdes
¡qué galana va la niña!
con su andar siega la yerba,
con los zapatos la trilla,
con el vuelo de la falda
a ambos lados la tendía.
El rocío de los campos
le daba por la rodilla;
arrezagó su brial (1);
descubrió blanca camisa,
maldiciendo del rocío
y su gran descortesía;
miraba a un lado y a otro
por ver si alguien la veía.
Bien la vía (2) el caballero
que tanto la pretendía;
mucho andaba él de a caballo,
mucho más que anda la niña;
allá se la fué a alcanzar
al pie de una verde oliva,
amargo que lleva el fruto,
amargo para la linda.
—¿Adónde por estos prados
camina sola, mi vida?
—No me puedo detener,
que voy a la santa ermita.
—Tiempo es de hablarte, la [blanca,
escúchesme aquí, la linda.—
Abrazóla por sentarla
al pie de la verde oliva;
dieron vuelta sobre vuelta,
derribarla no podía;
entre las vueltas que daban
la niña el puñal le quita,
metiéraselo en el pecho,
a la espalda le salía.
Entre el hervor de la sangre
el caballero decía:
—Perdíme por tu hermosura,
perdóname, blanca niña.
No te alabes en tu tierra,
ni te alabes en la mía
que mataste un caballero
con las armas que traía.

(1) "Brial": ver pág.
(2) "Vía": veía.

—No alabarme, caballero,
decirlo bien me sería;
donde no encontrase gentes
a las aves lo diría.
Mas con mis ojos morenos
¡Dios, cuánto te lloraría!—
Puso el muerto en el caballo,
camina la sierra arriba,
encontró al santo ermitaño
a la puerta de la ermita.
—Entiérrame este cadáver,
por Dios y Santa María.
—Si lo trajeras con honra
tú enterrarlo aquí podías.
—Yo con honra sí lo traigo,
con honra y sin alegría.—
Con el su puñal dorado
la sepultura le hacía,
con las sus manos tan blancas
de tierra el cuerpo cubría,
con lágrimas de sus ojos
le echaba el agua bendita.

LA INFANTINA

A cazar va el caballero,
a cazar como solía,
los perros lleva cansados,
el halcón perdido había,
cuando le cogió la noche
en una obscura montiña;
arrimárase él a un roble,
alto es a maravilla,
el tronco tenía de oro,
las ramas de plata fina;
en una rama más alta
viera estar una Infantina;
cabellos de su cabeza
todo aquel roble cubrían,
la luz de sus claros ojos
todo el monte esclarecía.
—No te espantes, caballero,
ni tengas tamaña grima,
hija soy yo de un gran rey
y de una reina cautiva;
siete hadas me hadaron
en brazos de mi madrina,
que quedase por siete años
hadada en esta montiña.
Hoy se cumplen siete años,
mañana se cumple el día;
espéresme, caballero,
llévesme en tu compañía,
si quisieres por mujer,
si no quieres por amiga.
—Espéreisme vos, señora,
hasta mañana aquel día:
iré yo tomar consejo
de una madre que tenía.—
La niña le respondiera
y estas palabras decía:
—¡Oh, malhaya el caballero
que al encanto no servía,
vase a tomar buen consejo
y deja sola la niña!—
Cuando volvió el caballero
no halló a la Infantina.
Vídola que la llevaban
con muy gran caballería.

EL ENAMORADO Y LA MUERTE

Un sueño soñaba anoche,
soñito del alma mía,
soñaba con mis amores,
que en mis brazos los tenía.
Vi entrar señora tan blanca
muy más que la nieve fría.
—¿Por dónde has entrado, [amor?
¿Cómo has entrado, mi vida?
Las puertas están cerradas,
ventanas y celosías.
—No soy el Amor, amante:
la Muerte, que Dios te envía.
—¡Ay, Muerte, tan rigurosa,
déjame vivir un día!
—Un día no puede ser,
un hora tienes de vida.—
Muy de prisa se calzaba,
más de prisa se vestía;
ya se va para la calle
en donde su amor vivía.
—¡Abreme la puerta, blanca,
ábreme la puerta, niña!
—¿Cómo te podré yo abrir
si la ocasión no es venida?
Mi padre no fué al palacio,
mi madre no está dormida.
—Si no me abres esta noche
ya no me abrirás, querida.
La Muerte me está buscando,
junto a ti vida sería.
—Vete bajo la ventana,
donde labraba y cosía,
te echaré cordón de seda,
para que subas arriba,
y si el cordón no alcanzare
mis trenzas añadiría.
La fina seda se rompe:
la Muerte que allí venía.
—Vamos, el enamorado,
que la hora ya está cumplida.

A CAZAR IBA DON PEDRO

A cazar iba don Pedro
por esos montes arriba;
caminara siete leguas
sin encontrar cosa viva,
si no fuera cuervos negros,
que los perros no querían.
Apeóse a descansar
al pie de una seca encina;
caía la nieve a copos
y el agua menuda y fría.
Allegósele la Muerte
a tenerle compañía.
Don Pedro vuelve hacia casa,
el alma en penas metida.
—¡Albricias, hijo don Pedro,
que dármelas bien podías,
pues tu querida doña Alda
un varón parido había!
—Albricias pedís, mi madre,
tristes albricias serían;
mala caza es la que traigo:
la Muerte en mi compañía.
Hágame, madre, la cama
en sala más escondida;
que nada sienta doña Alda
de este mal que yo traía,
y no le digan mi muerte
hasta los cuarenta días.—
Mientras le hacen la cama
entrara a ver la parida:
—¡Dios te bendiga, doña Alda,
y al infante que tenías!
Dios te bendiga en mi ausencia,
que el rey a llamarme envía.—
A eso de la media noche
la casa se estremecía:
en el cuarto de don Pedro
grandes lamentos hacían;
en el cuarto de doña Alda,
al niño hacen alegrías.
—Diga, diga, la mi suegra,
dígame, mi siempre amiga,
¿por quién tocan las campanas,
que suenan tan doloridas?
—No tocan sino por ti,
que con bien parido habías.
—Paréceme oír responsos,
¿a quién enterrar irían?
—Es la fiesta del patrono
y hay procesión en la villa.—
Llegara Pascua de Flores;
doña Alda quiere ir a misa:
—Diga, diga, la mi suegra,
¿qué vestido me ponía?
—Como eres rubia y muy blan-
[ca,
lo negro bien te estaría.
—¡Viva, viva mi don Pedro,

la prenda que más quería!,
que para vestir de luto
bastante tiempo tendría.—
Las doncellas van de negro,
ella de oro y grana fina.
Encontraron un pastor
que de su hato volvía:
—¡Qué viudita tan hermosa;
viuda y de grana vestida!
—Diga, diga, la mi suegra,
ese pastor, ¿qué decía?
—Que caminemos, doña Alda,
que perderemos la misa.—
Al entrar para la iglesia,
al tomar agua bendita:
—Diga, diga, la mi suegra,
diga la mi siempre amiga,
¿por quién son esos hachones
que arden en nuestra capilla?
—Dirételo, doña Alda,
pues de saberlo tenías:
aquí se entierran los grandes
caballeros de Castilla,
aquí se enterró don Pedro,
la prenda que más querías.—
¡Llorar como ella lloraba!
¡Plañido el que ella plañía!;
los anillos de sus dedos
con los dientes retorcía;
vestidos de grana y oro,
en pedazos los rompía,
—¡Desgraciado de mi hijo,
sin padre y madre sería!
¡Cuídesmelo tú, mi suegra;
yo con don Pedro me iba!

ROMANCE DEL CONDE SOL

Grandes guerras se publican
en la tierra y en el mar
y al conde Sol le nombraron
por capitán general.
La condesa, como es niña,
no hacía sino llorar:
acaban de ser casados
y se tienen que apartar.
—¿Cuántos días, cuántos meses
piensas estar por allá?
—Deja los meses, condesa,
por años debes contar;
si a los tres años no vuelvo,
viuda te puedes llamar.—
Pasan los tres y los cuatro,
pasan seis y pasan más,
y el conde Sol no volvía,
ni nuevas suyas fué a dar;
ojos de la condesita
no dejaban de llorar.
Un día estando a la mesa,
su padre la empieza a hablar:
—Deja el llanto, condesita,
nueva vida tomarás;
condes y duques te piden,
te debes, hija, casar.
—Carta en mi corazón tengo
de que el conde vivo está;
no lo quiera Dios del cielo
que yo me vuelva a casar.
Dadme licencia, mi padre,
para salirle a encontrar.
—La licencia tienes, hija,
mi bendición además.—
Se retiró a su aposento,
llora que te llorarás;
se quitó medias de seda,
de lana las fué a calzar;
dejó zapatos de raso,
los puso de cordobán,
un brial de seda verde
que valía una ciudad,
y encima del brial puso
un hábito de sayal.
Esportilla de romera
sobre el hombro se echó atrás,
cogió el bordón en la mano
y se fué a peregrinar.
Anduvo siete reinados,
morería y cristiandad;
anduvo por mar y tierra,
no pudo al conde encontrar.
Cansada va la romera
que ya no puede andar más;
subió a un puerto, miró a un [valle,
un castillo vió asomar.
—Si aquel castillo es de moros,

allí me cautivarán;
mas si es de buenos cristianos,
ellos me han de remediar.—
Y bajando unos pinares,
gran vacada fué a encontrar.
—Vaquerito, vaquerito,
por la Santa Trinidad,
que me niegues la mentira
y me digas la verdad:
¿de quién llevas tantas vacas
de un mismo hierro y señal?
—Del conde Sol son, señora,
que en aquel castillo está.
—Vaquerito, vaquerito,
por la Santa Trinidad,
si es el conde Sol tu amo,
más te quiero preguntar:
¿cómo vive por acá?
—De la guerra llegó rico,
mañana se va a casar;
ya están muertas las gallinas,
ya están amasando el pan;
muchas gentes convidadas
de lejos llegando van,
—Vaquerito, vaquerito,
por la Santa Trinidad,
por el camino más corto
me has de encaminar allá.—
Jornada de todo un día
en medio la hubo de andar;
llegado ha frente al castillo,
al conde Sol fué a encontrar,
y arriba vió estar la novia
en un alto ventanal.
—Dame limosna, buen conde,
por Dios y su caridad.
—¡Oh, qué ojos de romera,
en mi vida los vi tal!
—Sí los habrás visto, conde,
si en Sevilla estado has.
—¿La romera es de Sevilla?
¿Qué se cuenta por allá?
—Del conde Sol, mi señor,
poco bien y mucho mal.—
Echó la mano al bolsillo,
un real de plata le da.
—Para tan grande señor
poca limosna es un real.
—Pues pida la romerica,
que lo que pida tendrá.
—Yo pido ese anillo de oro
que en tu dedo chico está.—
Abrióse de arriba abajo
el hábito de sayal.
—¿No me conoces, buen conde?
Mira si conocerás
el brial de seda verde
que me diste al desposar.—
Al mirarla en aquel traje,
cayóse el conde hacia atrás;
ni con agua ni con vino
no le pueden recordar,
si no es con palabras dulces
que la romera le da.
La novia bajó llorando,
al ver al conde mortal,
y abrazado a la romera
se lo ha venido a encontrar.
—Malas mañas sacas, conde,
no las podrás olvidar,
que en viendo una nueva moza,
luego la vas a abrazar.
Malhaya la romerica,
quién te trajo por acá.

—No la maldiga ninguno
que es mi mujer natural,
con ella vuelvo a mi tierra;
adiós, señores, quedad;
que los amores primeros
son muy malos de olvidar.
—Quédese con Dios, la novia,
vestidica y sin casar,
que quien de lo ajeno viste
desnudo suele quedar.

LAS TRES CAUTIVAS

En el campo moro,
entre las olivas,
allí cautivaron
tres niñas perdidas;
el pícaro moro
que las cautivó
a la reina mora
se las entregó.
—Toma, reina mora,
estas tres cautivas,
para que te valgan,
para que te sirvan.
—¿Cómo son sus nombres?
¿Cómo les decían?
—La mayor Constanza,
la menor Lucía
y la más chiquita
la llaman María.—
Constanza amasaba,
Lucía cernía,
y la más chiquita
agua les traía.
Un día en la fuente,
en la fuente fría,
con un pobre viejo
se halló la más niña.
—¿Dónde vas, buen viejo,
camina, camina?
—Así voy buscando
a mis tres hijitas.
—¿Cómo son sus nombres?
¿Cómo les decían?
—La mayor Constanza,
la menor Lucía
y la más pequeña
se llama María.
—Usted es mi padre.
—¿Tú eres mi hija?
—Yo voy a contarlo
a mis hermanitas.
—¿No sabes, Constanza;
no sabes, Lucía,
que he encontrado a padre
en la fuente fría?—
Constanza lloraba,
lloraba Lucía
y la más pequeña
de gozo reía.

MORENICA ME LLAMA...

Morenica me llama
el hijo del rey,
si otra vez me llama
yo me voy con él.
Morena me llama,
yo blanca nací,
de apacentar ganados
mi color perdí.
—Vengades, morena,
si habéis de venir,
que la nave tengo en vela
y me quiero ir.
Ella se viste de verde
y de zurzuní (1);
de la mar abajo
la vide venir.

De este romance por ahora sólo se conocen versiones de Oriente.

(1) "Zurzuní": jaspeado; voz usada por los judíos de Sarajevo.

MUERTE DEL PASTOR

Por aquel lirón (1) abajo
un triste pastor venía;
buen pastor debía ser
por lo bien que disponía.
A la su mano derecha
traía mortal herida
que le hizo otro pastor
por celos que le tenía;
hablaba con sus ovejas;
a sus corderos decía:
—Buscaréis otro pastor
que os guarde de noche y día
y os lleve a la majada
a beber del agua fría.—
Ya le entierran al pastor
al pie de una verde oliva
al son de un triste cencerro,
porque campanas no había;
tres serranitas le lloran
desde la alta serranía.

(1) "Lirón": cotarro, ladera.

VILLANCICO

Media noche es en punto,
si los gallos no se yerran;
parió la Virgen María
en Belén, siendo doncella.
Por los valles y collados
los pastores se recuelgan;
quince borriquillos traen,
todos cargados de leña
de encina, roble y cajiga (1),
de la más seca y más buena;
seis sarguinas (2) de pan
[blanco
le traen a buena cuenta,
azafrán, pimienta y clavo,
anises y alcaravea (3);
de carneros de dos años
le traen docena y media,
otras tantas de corderos
y a la Virgen se los llevan.
Y estando la gente junta
ya se dispuso la cena,
y después de haber cenado
hacen un baile de cuenta:
toca Blas el tamboril
y Vicente la vihuela.
¡Cómo se reía el Niño
al ver la tan grande fiesta!
que hubo pastor que rompió
seis pares de castañuelas,
y muy bien que rompería
otras tantas que le dieran.

(1) "Cajiga": variedad del roble.
(2) "Sarguina": especie de alforjas.
(3) "Alcaravea": semilla usada para condimento como las otras que enumera.

LA LOBA PARDA

Estando yo en la mi choza
pintando la mi cayada
las cabrillas (1) altas iban
y la luna rebajada;
mal barruntan las ovejas:
no paran en la majada.
Vide venir siete lobos
por una obscura cañada.
Venían echando suertes
cuál entrará en la majada:
le tocó a una loba vieja
patituerta, cana y parda,
que tenía los colmillos
como puntas de navaja.
Dió tres vueltas al redil
y no pudo sacar nada;
a la otra vuelta que dió
sacó la borrega blanca,
hija de la oveja churra (2);
nieta de la orejisana,
la que tenían mis amos
para el domingo de Pascua.
—¡Aquí, mis siete cachorros;
aquí perra trujillana (3);
aquí, perro el de los hierros,
a correr la loba parda!
Si me cobráis la borrega
cenaréis leche y hogaza
y si no me la cobráis
cenaréis de mi cayada.—
Los perros tras de la loba
las uñas se esmigajaban (4);
siete leguas la corrieron
por una sierras muy agrias.
Al subir un cotarrito (5)
la loba ya va cansada.
—Tomad, perros, la borrega
sana y buena como estaba.
—No queremos la borrega
de tu boca alobadada (6);
que queremos tu pelleja
pa' el pastor una zamarra,
el rabo para correas
para atacarse las bragas,
de la cabeza un zurrón
para meter las cucharas,
las tripas para vihuelas
para que bailen las damas.

(1) "Cabrillas": constelación de estrellas del grupo de las Pléyades.
(2) "Churra": oveja con las patas y la cabeza cubierta de pelo grueso, corto y rígido y de lana más basta que la merina..
(3) "Trujillana": de la ciudad de Trujillo.
(4) "Esmigajar": hacerse migas, deshacerse.
(5) "Cotarrito": de cotarro, ladera de un barranco.
(6) "Alobadado": mordido del lobo.

LOS MOZOS DE MONLEON

(ROMANCE REGIONAL DE SALAMANCA)

Los mozos de Monleón
se fueron a arar temprano
para "dir" a la corrida
y remudar (1) con despacio;
al hijo de la veyuda (2)
el remudo no le han dado.
—Yo a la joriza (3) he de ir
aunque lo busque emprestado.
—¡Permita Dios si allá vas
que te traigan en un carro,
las abarcas y el sombrero
de los indiestos (4) colgan-
[do!—
Se cogen los garrochones,
se fueron la nava abajo,
preguntando por el toro,
y el toro ya está encerrado.
En el medio del camino
al vaquero se encontraron.
—¿Cuánto tiempo tiene el toro?
—El toro tiene ocho años.
Muchachos, no entréis a él;
mirar que el toro es muy malo,
que la leche que mamó
se la di yo por mi mano.
—Si nos mata que nos mate,
ya venimos sentenciados.—
Manuel Sánchez llamó al toro,
nunca lo hubiera llamado:
por el pico de una abarca
toda la plaza arrastrando.
—Compañeros, yo me muero;
amigos, yo estoy muy malo;
tres pañuelos tengo dentro
y este que meto son cuatro.—
Al rico de Monleón
le piden los gües (5) y el carro.
A la puerta la veyuda
arrecularon el carro.
—Aquí tenéis vuestro hijo
como lo habéis demandado.—
A eso de los nueve meses
la madre sale bramando;
los vaqueriles arriba,
los vaqueriles abajo,
preguntando por el toro,
y el toro ya está enterrado.

(1) "Remudar": mudarse, ponerse ropa limpia. "Remudo": muda, ropa para mudarse.
(2) "Veyuda": viuda.
(3) "Joriza, zoriza o toriza": corrida de novillos.
(4) "Indiestos": estadonios, esto es, las estacas que lleva a los lados el carro para sostener la carga.
(5) "Gües": bueyes.

DANZA PRIMA

¡Ay un galán d'esta villa;
ay, un galán d'esta casa;
ay, él por aquí venía;
ay, él por aquí llegaba!
—Ay, diga lo que quería;
ay, diga lo que buscaba.
—Ay, busco la blanca niña;
ay, busco la niña blanca,
que tiene voz delgadina,
que tiene la voz delgada.
—Ay, que no l'hay n'esta villa;
ay, que no l'hay n'esta casa,
sinon era una mi prima,
sinon era una mi hermana.
—Ay, diga a la blanca niña,
ay, diga a la niña blanca,
ay, que su amante la espera,
ay, que su amante la aguarda
al pie de la fuente fría;
al pie de la fuente clara,
que por el río corría,
que por el río manaba,
donde canta la culebra,
donde la culebra canta.—
Por arriba de una mata
apareció una doncella,
es hija del rey d'Arabia.
Ya su buen amor venía,
ya su buen amor llegaba,
por sobre la verde oliva,
por sobre la verde rama,
por dond' el sol salía,
por dond' ora el sol rayaba.
Ay, mañana la tan fría;
ay, mañana la tan clara,
ay, llegáronse a la ermita;
ay, llegáronse a la sala,
ay, donde el abad diz misa,
ay, donde el abad misaba,
ay, misaba en la montiña,
ay, misaba en la montaña,
ay, el molacín l'audiba,
ay, el molacín l'audaba,
ay, cantaba la culebra,
ay, la culebra cantaba;
ay, tiene voz de doncella,
ay, tiene voz de galana;
ay, vueltas las que darían,
ay, vueltas las que le daban;
ay, mandara el rey prenderla,
ay, mandara el rey prendarla.

EL VAQUERO LUCAS BARROSO

Que venía la patrulla
por medio del espinar,
detrás de una vaca negra,
sin perilla y sin señal.
Allá va Lucas Barroso,
vaquero 'e la compañía,
con el caballo cansao
y la vaca muy rendía;
el daño que hizo esta vaca,
su dueño lo pagaría,
con el mejor ternerito
que tiene en la vaquería,
hijo del toro "Pintao"
y la vaca "Relamía".

Esta versión Sudamericana va como muestra de la extensión o difusión del romance tradicional.

LOS PEREGRINOS

Hacia Roma caminan
dos peregrinos,
a que los case el Papa
porque son primos.
Sombrerito de hule
lleva el romero,
y la peregrinita
de terciopelo.
A la entrada de Roma
piden posada
para la peregrina,
que va cansada.
Al llegar a palacio
suben arriba
y en la sala del medio
los desaniman.
Ha preguntado el Papa
la edad que tienen;
ella dice que quince
y él diecinueve.
El sobrino del Papa
hacía señas
a la peregrinita
que no se fuera.
El peregrino entonces,
cuando vió eso,
en medio de la sala
la ha dado un beso;
a la peregrinita,
que es vergonzosa,
se le puso la cara
como una rosa.
El Padre Santo dice,
con ser tan santo:
—¡Quién fuera peregrino
para otro tanto!
—Peregrinita mía,
vámonos de aquí,
que por lo que yo veo
me quedo sin ti.—
Las campanas de Roma
han repicado
porque los peregrinos
ya se han casado.

INDICE

ROMANCES HISTORICOS

Romance de cómo Cipión tomó Numancia 5
Romance del incendio de Roma 7

ROMANCES DEL REY RODRIGO

I. La derrota de Guadalete 11
II. Romance de la penitencia del rey Rodrigo 13
III. Romance de la penitencia del rey Rodrigo 15

ROMANCES DE BERNARDO DEL CARPIO

I. Bernardo ante el rey Alfonso 19
II. Bernardo parte a Roncesvalles 21

ROMANCES DE FERNAN GONZALEZ

I. El vado de Carrión 25
II. Mensaje del rey al conde Fernán González 27
III. La estatua del conde 28

ROMANCE DE LOS SIETE INFANTES DE LARA

I. Las bodas de doña Lambra 33
II. Muerte de los infantes 35
III. Las siete cabezas 37
IV. Venganza de Mudarra 39

ROMANCES DEL CID

I. Cabalga Diego Laínez 43
II. Morir vos queredes, padre 45
III. Afuera, afuera, Rodrigo 46
IV. Rey don Sancho, rey don Sancho 47
V. En Santa Agueda de Burgos 48

ROMANCE DEL REY DON PEDRO 53

ROMANCES FRONTERIZOS

I. Romance de Alora la Bien Cercada 57
II. El rey Don Juan ante Granada 59
III. Pérdida de Antequera 61
IV. Correría en la frontera 62

ROMANCES MORISCOS

Romance de Reduán 65
Romance de la pérdida de Alhama 67
Síguese un romance que dice: *Yo me era mora moraima...* 68
Azarque el granadino (I) 69
Azarque el granadino (II) 71
Romance de Zaide 72
Zaide ha prometido fiestas... 73
El desafío a Zaide 75
Sale la estrella de Venus... 76
El español de Orán 78

ROMANCES CAROLINGIOS Y NOVELESCOS

Romance de Montesinos 83
Romance de Gaiferos 84
Romance de Doña Alda 86
El infante vengador 87
Conde Alarcos 88

ROMANCES LIRICOS VIEJOS

La constancia 97
El prisionero 98
Romance de Fonte-Frida 99
La lavandera 100
El conde Arnaldos 101
El palmero 102
La doncella guerrera 103
Conde niño 105
Misa de amor 106
Tres damas van a la misa 107
Que mataste un caballero con las armas que traía 108
La infantina 110
El enamorado y la muerte 111
A cazar iba Don Pedro 112
Romance del conde Sol 114
Las tres cautivas 117
Morenica me llama... 118
Muerte del pastor 119
Villancico 120
La loba parda 121
Los mozos de Monleón 122
Danza prima 123
El vaquero Lucas Barroso 124
Los peregrinos 125

Este libro se terminó de imprimir el 21 de junio de 1947 en los talleres gráficos de la Sociedad Editora Latino - Americana, calle Independencia 3210 — Bs. Aires